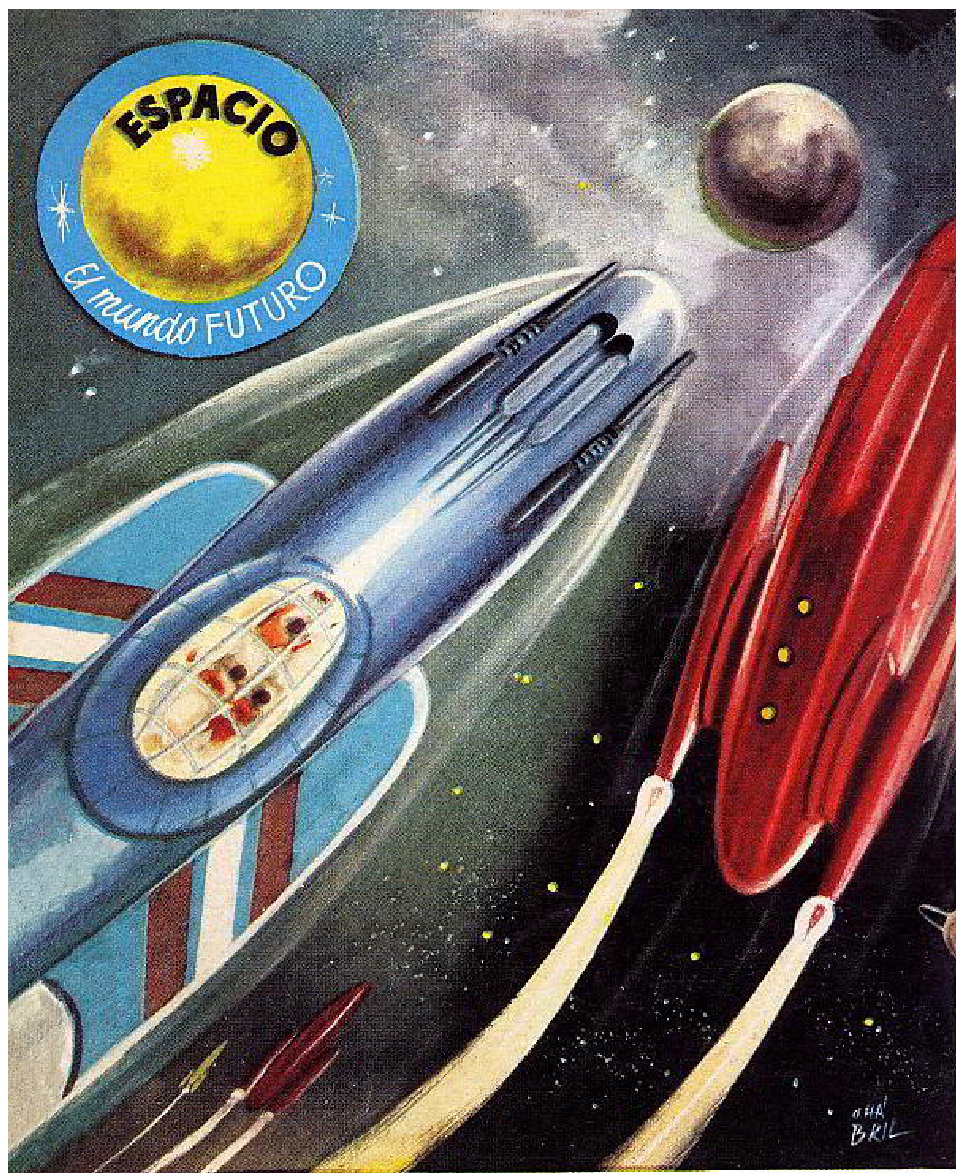


CONFLICTO ESTELAR

CLARK CARRADOS

El gran anfiteatro estaba lleno. Literalmente, no cabía ni un alma más.

Quizá sea inexacto hablar de almas, refiriéndome a seres cuya morfología es totalmente distinta de la humana, pero, puesto que a fin de cuentas, todos cuantos allí estaban tenían inteligencia, la frase, más o menos, queda en su punto.

El anfiteatro, enorme, colosalísimo, tenía una capacidad para dos millones de personas cuando menos. Era una inmensa y, a la vez, heterogénea masa, la que atestaba las dilatadas gradas de aquel colosal circo, en ansiosa espera de un espectáculo no visto durante largos años.



Clark Carrados

Conflicto estelar

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 63

ePub r1.0
LDS 14.10.18

Título original: *Conflicto estelar*
Clark Carrados, 1957
Cubierta:
Cha'Bril
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



A mi buen amigo y sufrido
admirador Juan Manuel Peña Viñas,
de Algeciras, España.
Sinceramente,

El Autor.


CONFLICTO
ESTELAR

CAPÍTULO PRIMERO



l gran anfiteatro estaba lleno. Literalmente, no cabía ni un alma más.

Quizá sea inexacto hablar de almas, refiriéndome a seres cuya morfología es totalmente distinta de la humana, pero, puesto que a fin de cuentas, todos cuantos allí estaban tenían inteligencia, la frase, más o menos, queda en su punto.

El anfiteatro, enorme, colosalísimo, tenía una capacidad para dos millones de personas cuando menos. Era una inmensa y, a la vez, heterogénea masa, la que atestaba las dilatadas gradas de aquel colosal circo, en ansiosa espera de un espectáculo no visto durante largos años.

Dentro de unos momentos, se darían por abiertos los LXXVII Juegos Decenales Galácticos, una especie de Olimpíada estelar, que duraría varios meses, hablando en términos terrestres, por supuesto, y él gentío, procedente de todos los rincones de la Vía Láctea, estaba ya dando muestras de impaciencia.

Gentes de todas las razas se habían dado cita en Alphea, la capital de Cefeo. Alphea estaba situada en el planeta de su mismo nombre, cabeza del sistema que pertenecía a la estrella Delta de Cefeo, y de tiempo inmemorial había sido elegida como sede de los Juegos Galácticos, dada su proximidad al centro de la Vía Láctea.

Para cualquiera, como yo, que viera aquel espectáculo por primera vez, la cosa resultaba algo maravillosa. Por encima de nuestras cabezas, dos soles como el nuestro, uno amarillo y otro azul, proporcionaban a Alphea la luz y el calor suficientes. Naturalmente, no estaba el planeta tan cerca de sus soles como la Tierra del nuestro; de lo contrario, la vida, por exceso de calor, se habría hecho imposible allí.

El anfiteatro, como ya he dicho, resultaba pequeño, a pesar de su descomunal capacidad, para la ingente masa que lo atestaba. Dos millones de personas son demasiadas para presenciar un espectáculo, y es obvio señalar que, en tal situación, solamente los privilegiados de las primeras filas, los situados detrás de las comisiones oficiales, y que habían podido reunir la pequeña fortuna que suponía un billete de aquella calidad, hubieran podido disfrutar plenamente de los Juegos. Pero tal inconveniente había sido soslayado sin ningún apuro.

Cada uno de los espectadores estaba provisto de gafas telescópicas, pequeñas, fácilmente graduables, sujetas, además, a un casco receptor que le permitía escuchar con toda facilidad las explicaciones de los locutores. El sistema era liviano en extremo y no molestaba lo más mínimo, y hasta se habían dado, a algunos de los cascos, especialmente los destinados al uso femenino, diversas formas, con objeto de acatar —ellas— los dictados de la moda y seguir pareciendo hermosas aun con el aditamento del aparato.

También yo estaba provisto del mío, aunque, de momento no lo usara, por lo menos los lentes. Sin embargo, una vez que comenzaran los Juegos tendría que bajar, girando sobre una charnela horizontal, las gafas hasta que quedaran a la altura de mis ojos, y luego acomodar el objetivo a mis pupilas.

Sí, allí estaba yo, en Alphea, aunque más justo habría sido decir: allí estábamos nosotros, los terrestres, los parientes pobres de la Galaxia, pobres pero orgullosos de nuestra estirpe. Pobres, pero sintiéndonos infinitamente superiores a cualquiera de los pueblos

que componían el Gran Reino de la Vía Láctea. La Subgobernaduría de Sol era quizá, el Estado más pequeño del Gran Reino, pero, a fin de cuentas, era el lugar de donde había salido toda civilización, de signo y forma humanos, de la Galaxia.

Y de ello hacía ya unas cuantas decenas de millares de años.

El terrestre había conquistado las estrellas, pero por su conquista había pagado un precio altísimo. Soñó con hacer del sistema solar el centro de la vida y civilización galácticas, y quedó convertido en una especie de noble cargado con muchos blasones, pero sin un mal *garant* que rascarse en el bolsillo. (Entre paréntesis: el *garant* era la moneda universal en aquel cosmos).

En cuanto a mí, particularmente, diré que me llamo Evans Rivedo, de clara ascendencia española, una antiquísima nación de nuestro planeta, y en el momento actual, mi papel a desempeñar era el de jefe del servicio de seguridad del Subgobernador de Sol. No me considero un Adonis, pero mi metro ochenta largo de estatura, con su correspondiente peso, poca grasa, muchos músculos y más inteligencia, aun a costa de la modestia, me habían llevado a aquel puesto, cuando todavía no contaba los treinta y cinco años de edad. Mi lugar, en el Circo Máximo, estaba situado inmediatamente detrás del Subgobernador, Honorable Francis Larrabee, junto con algunos agentes de toda confianza, quienes escoltábamos, no sólo al citado, sino a los miembros de su reducido séquito.

La solemne apertura de los Juegos iba a ser presidida por Armes XXXVI, Altísimo Duque de Alphea. (Otra vez entre paréntesis: traduzco los rimbombantes títulos de todos aquellos jefes de Estado a términos terrestres, y lo mismo haré con cuantas medidas de tiempo y espacio mencione, con objeto de evitar continuas aclaraciones en el transcurso de esta narración). Armes XXXVI acababa de llegar y su entrada en la tribuna presidencial había sido saludada con un aullido unánime de la multitud que abarrotaba el Circo.

Sabiéndose contemplado por cuatro millones de pupilas, Armes extremó sus ya conocidas dotes histriónicas. Levantó ambos brazos, en un saludo ampuloso, al mismo tiempo que sonreía ampliamente a través de su enorme barba, negra como ala de cuervo. Vestía con lujo oriental, aunque sin grandes complicaciones, excepto en su casco receptor-visor, al cual se habían adaptado los atributos

propios de su cargo: una corona de largas púas de oro, rematada cada una por una diminuta estrella, que no era otra cosa que un diamante de luz, una singular piedra preciosa que solamente, en toda la Galaxia, se hallaba en Alphea, y que tenía la virtud de irradiar luz propia. Naturalmente, las había de todos los colores, pero Armes, usaba solamente los diamantes blancos, de singular belleza. Una vistosa capa, que dejó caer negligentemente sobre el respaldo de su asiento, cubría su cuerpo, vestido con una coraza de oro y faldellines articulados del mismo metal, parecidos en extremo a los equipos de guerra de los antiguos romanos.

Presente Armes, ya sólo faltaba dar comienzo al desfile inaugural. Antes de los atletas, cruzarían toda la longitud de la arena los jefes de cada Estado que era representado en los Juegos. El locutor anunció:

—¡Roheb LXX, Señor de los Pueblos del Can Mayor!

La multitud rugió, aplaudió y silbó o denostó, según sus preferencias. A pie, seguido por una compacta fila de sus hombres, Roheb LXX hizo su aparición. Los del Can Mayor no tenían otra diferencia con los terráqueos que el color de su piel, intensamente amarilla, casi tirando a naranja. Salvo este detalle, nada habría podido diferenciarlos de nosotros.

Roheb ocupó su puesto, un par de filas más atrás de Armes. Le siguió Donyuk, Gerente General de Perseo y sus sistemas. Un coro de burlas acogió su aparición. Yo tampoco pude evitar una sonrisa al ver penetrar en la arena los hombres-árbol.

No era por su estrafalaria forma por lo que la gente y yo nos reíamos. Montados en vehículos individuales, de una sola rueda, cuyo equilibrio estaba mantenido giroscópicamente, los hombres-árbol parecían exactamente eso: un árbol, nudoso, del tronco y ramas retorcidas, con muy pocas hojas, puesto que suprimían voluntariamente la mayoría, dejando únicamente las necesarias para su vida semivegetal, era el título tan extraño que recibía su jefe el que nos hacía reír.

Recordé la historia, que se perdía en los primeros tiempos de la colonización estelar. Descubierta la constelación de Perseo, y una vez establecida las normales relaciones con sus habitantes, la traducción del título de su gobernante había sido la de Regente General. Pero alguien, errando lastimosamente, había trabucado las

sílabas, y el Regente se había convertido en Gerente, cosa que no podía parecer menos comercial, toda la extraña morfología de aquellos seres, cuyo único signo de vida eran dos vivaces pupilas, situadas a poca distancia del nacimiento de las ramas. Dada su casi total inmovilidad, se valían de los monorruedas para la locomoción, y su armamento consistía en larguísimas lanzas, movidas por brazos mecánicos acoplados en el lado derecho de los vehículos.

Los hombres-coraza, seres blindados como las tortugas, de la constelación del Fénix, bajo el gobierno de tizar III; los exápodos de Hydra, con dos piernas y cuatro brazos, enemigos peligrosísimos en una lucha cuerpo a cuerpo, sumisos a Tuid, su Rey; los tigres humanos de las Pléyades, con figura humana a excepción de las manos y los pies, terminados en garras agudísimas, obedeciendo ciegamente a Tiger CIII, colosal ser de más de dos metros de altura; los hombres-águila de Carina, sujetos al dominio de Jequio LVIII, llamados así, no por las alas de casi dos metros que les sobresalían de los anchos hombros, sino porque volaban, pero eran ayudados por reactores individuales, colocados en la espalda, puesto que las alas apenas si les servían para otra cosa que para espantarse las moscas… Y así estuvieron pasando y pasando hombres y representantes de los pueblos de la Galaxia durante larguísimo rato, compensando con su presencia a los espectadores del tiempo y dinero que habían consumido hasta poder llegar a aquel momento.

El locutor anunció, por fin, la entrada del último jefe de Estado. Un murmullo de excitación corrió, sordamente, por entre la multitud apiñada en las gradas. El último jefe de Estado era el número fuerte del desfile, y Armes, habilísimo diplomático, lo había dejado expresamente para el final de las presentaciones.

Todos oímos perfectamente la vos del locutor en nuestros respectivos auriculares.

—¡Melphys XIX, Emperatriz de las Nubes Magallánicas!

Instintivamente adelanté el busto para ver mejor a la Belleza de la Galaxia, como así se denominaba a Melphys. En todas partes, el sobrenombre adoptado por el pueblo suele ser de una justeza calificatoria terriblemente certera, y el caso de Melphys no iba a constituir la excepción de la regla.

Su aparición, por supuesto, fue la más espectacular de todas. El griterío de la multitud se fue transformando en un leve murmullo

que concluyó en un silencio total.

Famosa era Melphys por su belleza, pero también lo era por los animales que tiraban del enjoyado carro en que venía, blandamente reclinada. ¡Los tigres-bicéfalos de Melphys, los animales más feroces de la Vía Láctea, fieles y sumisos solamente a su dueña! Animales enormes, de pavoroso aspecto, moviendo incesantemente sus dos cabezas, con colmillos, una sola de las cuales habría sido más que suficiente para decapitar a un hombre de un simple bocado.

Melphys venía sola en el carro y su rubia cabellera flameaba a los soles de Alphea. Sonreía con cierta condescendiente amabilidad, dejando ver una doble y perfecta hilera de blanquísimos dientes, a través de sus labios, rojos como la grana, sin necesidad de artificio alguno. Llevaba muy pocas joyas, pero costosas, aunque, realmente, su mayor joya era su misma belleza.

Un momento permaneció el público como estático; luego, saliendo de su inmovilidad, rompió en un colosal griterío, aplaudiendo y aclamando a la Belleza, quien correspondía con suaves inclinaciones de cabeza, moviendo apenas las largas ondas de su rubia cabellera, suelta hasta los hombros. A su mano izquierda iban a parar las delgadas riendas de hilo de oro con las cuales guiaba a los cuatro tigres bicéfalos del tronco de cabeza, pues para los restantes, hasta el número de veinte, que eran, en total, los que tiraban del carro, no hacía falta otra sujeción que los atalajes.

A buena distancia de Melphys venía su séquito, compuesto de un par de cientos de musculosos guerreros, todos ellos armados con pistolas desintegrantes, a excepción de los que habían de intervenir en los Juegos. En éstos no se permitían otras armas que las lanzas, espadas, arcos y similares; todas las demás, desde el revólver de combustión química a las citadas, estaban terminantemente prohibidas. A fin de cuentas, lo que se trataba de demostrar en aquella Olimpíada estelar era la habilidad y la destreza de cada uno, y que tenían que ser grandes para salir adelante, dada la enorme valía de los premios, entre los cuales no era precisamente el mayor algún que otro gobierno de algún sistema como el nuestro, el solar.

Rompiendo el protocolo, el propio Armes descendió de la tribuna, defendida de los rayos de los soles de Alphea por un

enorme velario de púrpura y oro, para recibir en persona a la Belleza de la Galaxia. Armes alargó su brazo y la delicada mano de Melphys se apoyó en él para descender del lujoso carro, subiendo a continuación la ancha escalinata que daba al lugar en que nos hallábamos. Un pesado rastrillo de acero radiante separó instantáneamente la arena de la escalinata, y el griterío y las aclamaciones volvieron a redoblarse cuando Melphys y Armes reaparecieron a la vista del público. Los dos personajes saludaron y el locutor hizo unos cuantos intentos para restablecer el orden. Los guerreros de Melphys se llevaron sus tigres y su carro, y la arena quedó desierta, lista para emprenderse el primer combate en ella.

Pude recrearme a mi sabor contemplando la esbeltísima figura de la Belleza, de formas impecables, teniéndola a cortísima distancia de mi silla. Melphys, sabedora de su encanto, permaneció unos segundos en pie, constituida en centro de la atención total, y luego giró su cabeza, escrutando el panorama que la rodeaba.

A través de sus larguísimas pestañas, examinó a todos los concurrentes, contestando con leves inclinaciones de cabeza a los saludos de sus más próximos colegas —me refiero a jefes de Estado, naturalmente; yo no podía ni soñar siquiera en dirigirla, ni recibir una mala sonrisa—. Pero, de repente, de un modo totalmente inesperado, sus bellísimos ojos azules, de una impar tonalidad de aguamarina, se clavaron en los míos.

Un estremecimiento eléctrico me recorrió el cuerpo de arriba abajo. Una suave e imperceptible sonrisa apareció en los ojos de Melphys, en tanto que yo, conturbado, procuraba mantener mi estabilidad mental. Durante unos segundos, ella me estuvo estudiando.

Me di cuenta de que en su mirada había algo más de la curiosidad de una mujer por un hombre; en los ojos de Melphys, en aquel momento menos cariciosos que especulativos; había otra clase de interés. La temperatura era agradabilísima, pero yo, la verdad, de repente sentí mucho frío.

Apartando sus ojos con desgana de los míos, Melphys se sentó. Quedé atónito, alelado, y de mi abstracción me sacó un violento codazo.

—¡Vaya! —susurró alguien, a mi oído, irónicamente—. Evans, no puedes negar que eres un don Juan; con una sola mirada, te has

metido a la Belleza en el bolsillo.

Me volví, mirando irritado al que de tal modo me hablaba. John Gunther era mi segundo de a bordo en la cuestión de la seguridad del Subgobernador de Sol y, dada la antigua amistad que de antaño nos unía, podía permitirse tales confianzas.

Solté un bufido.

—No digas tonterías, Johnny —dije—; demasiado sabes lo que le interesa de mí a Melphys.

—¿Sí? Vamos, vamos, presumido. No digo que los tipos como tú abunden en la Galaxia, y probablemente no lleguéis a las dos veintenas, pero no creo a Melphys capaz de buscar un tipo como el tuyo, solamente por tener…

El ladrido de las trompetas, declarando la hora del primer combate, cortó en seco las frases de Gunther. Para evitar siguiera dándome la lata con el tema que había sacado a relucir, me eché adelante y fingí abstraerme en las luchas que se desarrollaban en la arena.

Pero me era imposible echar por la borda las preocupaciones que, como perros hambrientos, me acosaban continuamente. Las peleas de los teloneros, incruenta en principio puesto que solamente se luchaba con brazos y piernas, es decir, con armas naturales, no conseguía centrar mi interés.

Sentí en mi rostro, clavados más de una vez los ojos de Melphys, y en todo momento presentí aquella leve sonrisa de burla con que me había mirado apenas llegada; pero, apelando a toda mi voluntad, conseguí no mirarla. Supongo que en su interior debió nacer un sentimiento muy parecido al despecho.

La multitud comenzó a impacientarse y a exigir a gritos la retirada de aquellos luchadores, cuyas peleas, dada la avidez de sangre del público, no proporcionaban a éste las emociones que ansiaba. Pero Armes no consintió en que el programa fuera alterado y el curso de los Juegos continuó con toda normalidad.

Sin embargo, por encima de todo yo percibía un vago sentimiento de inquietud en la inmensa muchedumbre que allí había y que, incluso, llegaba a superar a los que yo tenía en aquellos momentos. Era una especie de tensión eléctrica, oculta, agazapada bajo la forma de un corriente interés por unos deportes más o menos sangrientos, pero que, sin embargo, encerraba raíces

hondísimas.

Aquello, como es lógico, no dejaba de preocuparme, puesto que, como jefe del Servicio Secreto de Sol estaba enterado de muchas cosas, entre ellas la tensión que existía entre los diferentes pueblos de la Galaxia, tensión que, si no era relajada pronto, podría dar lugar a un conflicto de pavorosa extensión. Media Vía Láctea se arrojaría contra la otra media, y el resultado sería la destrucción, no solamente de muchísimos mundos habitados, sino, incluso, hasta de constelaciones enteras, dados los formidables medios de guerra de que disponíamos en aquella época.

Mas, aparte de la preocupación general, yo sentía la particular mía, que, como se dice vulgarmente, no era grano de anís. Y me daba cuenta de que el interés de Melphys por mí, dicho sea sin falsa modestia, podía ser la chispa que incendiara aquel barril de pólvora que era en aquellos momentos Alphea, capital de Cefeo.

Acogí con alivio el final de la primera sesión, de los Juegos y también con grandísimo placer el mullido butacón del hotel en que Armes nos había alojado, pero poco disfruté de aquel descanso. No había tenido tiempo siguiera de fumar un cigarrillo, cuando Larrabee, el Subgobernador, entró agitando algo en la mano.

Lo que Larrabee agitaba, y con no muy buenas maneras, en su mano, era una delgada lámina de oro flexibilizado, con unas cuantas palabras impresas en ella. Las letras, compuestas de diminutos diamantes de luz, incrustados electrónicamente en la áurea hoja, componían un mensaje de singular significado, a pesar, de su aparente innocuidad.

Decía así:

> «Melphys XIX, Emperatriz de las Nubes Magallánicas, se vería muy complacida si el Honorable Francis Larrabee, Subgobernador del Sol, se dignase honrar su mesa con su presencia en la noche de hoy».
>
> Y debajo, de puño y letra de la misma Melphys, grabado en simples caracteres con un punzón, también electrónico, podía leerse la siguiente posdata:
>
> «Estimaría como una atención más el que os acompañara vuestro jefe de Seguridad. Los dos solos.

—*M*».

CAPÍTULO II


as Nubes de Magallanes están muy lejos de nosotros, de la Tierra se entiende. Son dos, Grande y Pequeña, distando del Sol
112 000
y
106 000
años luz, respectivamente, y, prácticamente, puede decirse que no pertenecen a nuestra Galaxia, estando consideradas más bien como sendos desprendimientos de ésta. Lógicamente, la distancia hacia terriblemente difíciles las comunicaciones entre ellas y el resto de los Universos de la Vía Láctea, y sin cruzar una sola palabra, Larrabee y yo sabíamos que Melphys nos invitaba a cenar con ella sólo por hablar de este asunto.

Olvidando su elevada condición, el Honorable Subgobernador de Sol, Estado dependiente del principado de Centauro, soltó una exclamación muy poco honorable, de las que decía cuando estaba

muy enojado y en presencia de personas de toda su confianza. Yo, por ejemplo.

—¡Estúpida presumida! —resopló, estrujando el mensaje en su todavía fuerte mano—. ¡Belleza vanidosa! Se creerá que, por ser más guapa que las demás, va a salirse con la suya. Te quiere a ti, ¿sabes, Evans?

Procuré echar la cosa a broma.

—Hombre, pues la cosa no está mal del todo. Por algo la llaman…

—¡Déjate de reír, idiota! —bufó Larrabee—. El horno no está para bollos.

—Sí, Honorable.

—Olvida ahora los tratamientos, Evans. Esa fulana…

—Por favor, es la Emperatriz de las Nubes Magallánicas, Frank.

—¡La emperatriz de su cocina podía ser! —renegó Larrabee, quien, sobre el particular y el papel de las mujeres en el mundo tenía aún ideas prehistóricas—. Si se hubiera casado y tuviera cuatro chiquillos que la dieran trabajo, ya verías cómo se olvidaba de todas estas estupideces que ahora le llenan la cabeza.

—No son estupideces, Frank, sino algo mucho más gordo que puede provocar una conflagración galáctica.

—Lo sé; pero ¿por qué mil bombas se ha ido a fijar precisamente en ti, Evans?

Mi rostro se puso grave de repente.

—Porque, según las últimas estadísticas, como yo hay solamente treinta y nueve hombres en toda la Vía Láctea; y yo, el jefe de tu servicio secreto, soy el único que no desempeña el papel que debería desempeñar.

—¡Bastante tienes con lo que haces, Evans! —Gruñó el Honorable.

—Y yo encantado. No sería una vida muy agradable la mía si Melphys consiguiera sus deseos.

—¿Qué podemos hacer? —Larrabee dio media vuelta y se dedicó a pasear elevando sus brazos, alrededor de la habitación—. No soy más que el simple Subgobernador de Sol, un ridículo sistema con un solo planeta habitado y habitable…

—Pero que, sin embargo, ha sido la cuna de toda la civilización estelar, no lo olvides, Frank.

—Ya lo sé —continuó el Honorable con sus bufidos—. Hace cincuenta y cuatro mil años que los terrestres conseguimos el primer salto al espacio y, desde entonces, no hemos conseguido hacer habitables el resto de los planetas de nuestro sistema…

—Dirás mejor que los abandonamos, Frank —le corregí—. Eran ya casi habitables, pero cuando, progresando, pasamos de la navegación interplanetaria a la interestelar y se descubrieron mundos análogos al nuestro, la gente, lógicamente, se cansó de luchar contra el calor en Mercurio, las nubes de bióxido de carbono en Venus, la arena y la escasez de agua en Marte, y el metano helado en los restantes planetas. No se les puede censurar por ello, y tú bien lo sabes, Frank. Además, si no hubiéramos entrado a formar parte del Principado de Centauro, ahora no existiríamos siquiera; algún aprovechado nos habría anexionado a su reino o a su ducado, exprimiéndonos hasta el tuétano de los huesos.

—Eso es verdad —refunfuñó Larrabee—; pero está Melphys… Si se entera el Príncipe Zendar de que he sostenido conversaciones con ella sin contar con su aquiescencia, el escándalo se va a oír en Andrómeda.

—Bueno, ¿y qué? ¿Es que puedes portarte como un grosero con una dama? El aceptar una invitación para una cena, no es signo de que vayas a acceder a todo cuanto ella te pida. Será, simplemente, una cortesía.

—¡Pero es que lo que quiere Melphys no se le puede dar! —chilló el Honorable.

—¡Qué lástima que me quiera solamente por eso! —suspiré melancólicamente—. Con lo bonito que habría sido que Melphys me quisiera nada más que por mi tipo.

—Como tú, los tiene a docenas, Evans; no te hagas el presumido.

—Ya lo sé, y no alimento falsas esperanzas, Frank. Sé de sobra lo que ella quiere y, en lo que de mi parte esté, te prometo no acceder. Aunque, claro, siempre obedeceré tus órdenes…

—Mis órdenes son de que hables lo menos posible durante la cena, Evans. ¡Y basta ya de charla; se nos está haciendo tarde!

Me incliné:

—Sí, Honorable. Ordenaré que preparen su traje de ceremonia. ¿Frac? ¿Smoking? ¿O un simple traje oscuro?

—Smoking blanco, Evans —resopló Larrabee, dando media

vuelta y dirigiéndose a sus habitaciones.

Toqué un timbre y cuando apareció uno de los sirvientes que Armes había puesto a nuestra disposición, le impartí las órdenes precisas para nuestro cambio de indumentaria.

Renegando interiormente contra la fidelidad a la historia del vestido de mi jefe, me embutí en el *smoking* blanco que, conociéndolo, había mandado poner en mi equipaje. Afortunadamente, dada la benigna temperatura de Alphea, los pantalones cortos, negros, aliviaban mucho la tortura del traje. Había tanta gente, y de todos los calibres, en la capital de Cefeo, que confié precisamente en tal detalle para no provocar una tormenta de carcajadas al llevar aquellas antiguallas del vestir.

Me reuní con Larrabee media hora después en el gran salón del hotel. Larrabee vestía igual que yo, pero llevando, debajo del *smoking* una banda verde, azul y amarilla, los colores oficiales de la Subgobernaduría de Sol. En todo momento, mientras no nos halláramos rigurosamente solos, procuraba mantener las distancias y, por lo tanto, al verle, le saludé con una sencilla inclinación de cabeza, máxima reverencia que se permitía en nuestro mundo.

—Iremos los dos solos, Evans —me dijo el Honorable—. Tú conducirás el monorrueda.

—Pero…

—No quiero escolta, Evans. Y dile a tu sabueso John Gunther que se vaya al Teatro de las Cien Galaxias; creo que lo pasará mucho mejor con la revista que allí se representa, que no cuidando de mi detestable persona. ¡Maldita invitación! Pensar que he de perder la función de gala…

Haciendo lo que decía, cinco minutos más tarde nos hallábamos los dos sentados en el vehículo, cedido también por Armes. Larrabee no quería, pero esta vez yo insistí y hubo de ceder, Los privilegios concedidos por Armes a sus huéspedes con categoría de jefe de Estado de algo nos tenían que valer para circular a nuestro antojo por el espeso tránsito de la capital. Con encender los faros verdiblancos de la parte superior, sin otra indicación ni aun sonora tan siquiera, bastó para que ganásemos terreno con rapidez.

Esto nos convenía además. Melphys estaba alojada en uno de los palacetes de recreo que, para el caso, le había cedido el propio Armes, y el tal edificio estaba situado en las afueras de Alphea.

Teníamos, pues, que atravesar la ciudad, para llegar allí, y aprovechándome de nuestra privilegiada situación, lancé el vehículo a fondo.

Preocupado como estaba por la invitación, apenas si reparé en el magnífico espectáculo que ofrecía la ciudad en todo su nocturno esplendor y al que no puede soñarse tan siquiera en nuestro viejo planeta. Los dos soles aparecían y desaparecían con escaso intervalo, dejando sitio a media docena de satélites y planetas relativamente cercanos y que, reflejando la espléndida luz de los dos soles, proporcionaban un espectáculo realmente magnífico, con sus luminiscentes discos, de un tamaño aparentemente igual, vistos desde el punto en que nos hallábamos, al de nuestra Luna.

Alphea era un ascua viva de luz en fiestas. Por todas partes se oían risas, gritos y cánticos, y hombres y mujeres de todas las nacionalidades y formas posibles circulaban por allí, tanto a pie, en las aceras móviles como en sus vehículos, de similar conformación al nuestro. Pero la suave titilación de las lámparas especiales de que estaba provisto el nuestro, reflejándose en la pantalla de señales de los suyos, nos abría calle al instante.

La ciudad quedó, al fin, a nuestras espaldas, pese a que el tránsito apenas hubiera disminuido. Pude aumentar algo más la velocidad y no tardamos mucho en divisar en el horizonte la luminaria que indicaba el alojamiento de Melphys.

La autopista estaba iluminada espléndidamente, proporcionando sus luces una amplia visibilidad en todos los sentidos. A excepción del nuestro, y por las razones que ya mencioné, ninguno de los otros vehículos llevaba encendidos sus faros.

El motor de nuestro monorrueda, como el de los demás, era eléctrico, pero no recibía la energía de generadores propios, sino de los instalados en las centrales de Alphea. En el tablero de mandos de cada artefacto estaba el indicador que precisaba, con una fácil lectura, el punto donde se podía conectar para recibir la energía por ondas radiales, cuyos impulsos eran transformados posteriormente en fuerza motriz por los aparatos del motor, y una vez hacha tal cosa, el monorrueda estaba en situación de funcionar indefinidamente. Pensé que, en medio de tamaño adelanto, el asunto no dejaba de presentar ciertos inconvenientes, como, por ejemplo, lo que podía ocurrir si de repente fallaba la fuente

transmisora de fuerza.

No soy de los que dan como cosa hecha los presentimientos que se le ocurren a uno, pero en aquel momento, tuve que pensar si yo no tendría dotes de adivino. Pues, apenas se me había ocurrido tal idea, la noche se abatió sobre la autopista.

Decir que la noche cayó es algo inexacto, porque en el cielo brillaban cuatro lunas —dos faltaban por salir—, y por lo tanto, su pálido resplandor proporcionaba una luz muy parecida a la del crepúsculo en la Tierra, pero el choque visual fue demasiado súbito y nuestras pupilas tardaron unos momentos en acostumbrarse a aquella semi-penumbra.

Al mismo tiempo, el monorrueda se quedó sin fuerza motriz, aunque siguió caminando unos cuantos metros debido a algo que todavía sigue inmutable a través de los tiempos y que se llama inercia. Pero no tardaría el momento en que, detenido el giróscopo equilibrador, se produciría el accidente.

Cuando el monorrueda está detenido, el equilibrio se mantiene con dos varillas que, surgiendo de la parte posterior, proporcionan al aparato, junto con su rueda neumática, un soporte trípode. Previniendo el accidente, manejé el botón que hacía funcionar el aparato y las patas comenzaron a arañar el suelo.

El Honorable, siguiendo su costumbre cuando estaba solo, comenzó a soltar una serie de denuestos que hubieran sonrojado al piloto de un carguero aeronáutico. Los extremos de las varillas tocaron tierra y, a consecuencia del roce, aún íbamos a buena marcha, comenzaron a soltar chispas.

Delante de nosotros ocurría tres cuartos de lo mismo. Vi saltar y chocar algunos vehículos contra otros, en medio de ruidos que ponían los pelos de punta. Eché el freno a fondo, y tras algunos desagradables balanceos, el monorrueda acabó por detenerse.

—¡Vaya una oportunidad! —rezongó Larrabee, entre palabrota y palabrota—. ¿No podía haber ocurrido esto diez minutos más tarde?

—No soy el jefe de energía, Frank —contesté, disponiéndome a encender un cigarrillo. Metí la mano en el bolsillo de mi *smoking*, pero apenas lo había hecho, Larrabee soltó un aullido.

—¡Mira, Evans, mira! —gritó, y su dedo señalaba un punto situado encima casi de nosotros.

Fruncí el ceño, siguiendo con la vista la dirección del brazo de

mi jefe. Instantáneamente, todas mis neuronas se pusieron en estado de alerta.

A unos cien metros de nosotros, una docena de puntos luminosos aumentaban rápidamente de tamaño. Delante de los puntos de luz, rojo-anaranjados, se veían unas negras siluetas cuya identidad no tardé mucho en adivinar.

—¡Diablos, si son hombres-águila! —exclamé.

—¿Hombres… águila? —repitió Larrabee, continuando con la vista clavada en ellos. Los puntos luminosos de sus reactores individuales aumentaban de tamaño con increíble rapidez.

Una súbita idea cruzó por mi mente.

—¡Vienen por mí, Frank! —grité.

—¿Qué? —aulló el Honorable, comprendiendo también. Reaccionó al instante, soltando una de sus típicas imprecaciones—: ¡Por los colmillos de un mamut tuerto; eso no lo consentiré, Evans!

—Y el interesado, que soy yo, mucho menos —rezongué, pegando un puntapié a la puerta del monorrueda, y saltando al suelo.

Larrabee lo hizo casi seguido y nuestro gesto no pudo ser más oportuno.

Un tronitoso rugido nos anunció que los hombres-águila caían sobre nosotros. Pero si se creían hallarnos desprevenidos, su equivocación fue grande, y pocos de ellos tuvieron tiempo de reconocerlo.

En las condiciones políticas en que se hallaba entonces la Galaxia, los altos cargos como Larrabee y yo, sin hablar de otros mucho más importantes como, por ejemplo, Roheb, del Can Mayor; Joquio, de Carina, y aun el mismo Armes, no podíamos permitirnos el lujo de viajar desarmados. Aquel ataque, hallándonos en tierra extranjera, era una clara violación de nuestros derechos de inmunidad y durante un segundo me figuré al Honorable, elevando su protesta por el atentado… si salíamos con vida. Armes tendría que taponarse los oídos para no escucharlo.

Casi al unísono sacamos nuestras pistolas. Larrabee sigue siendo anticuado en muchos aspectos, como ya he dicho, y en lugar de llevar unas desintegrantes atómicas, poseíamos unas anticuadas Magnum 300, capaces, sin embargo, de detener a un búfalo en estampida.

Ya se habían acostumbrado nuestras pupilas a la luz de las lunas de Alphea y pude reconocer el característico armamento de los hombres de Joquio; sus lanzas radiantes, capaces de matar a un hombre con solamente su roce, si no era atendido debidamente a los pocos momentos de haber sido herido. Pero, ante nuestro asombro, los hombres-águila, no intentaron atravesarnos con aquellas larguísimas lanzas, de más de seis metros sino que formaron un círculo como si quisieran apresarnos sin lucha.

La experiencia de 540 largos siglos ha demostrado que en casos como el nuestro no puede uno andarse con rodeos. El Magnum que sostenía en la mano rugió y un hombre-águila, cayó, instantáneamente fulminado. Se estrelló contra el suelo con seco ruido.

La pistola de Larrabee tronó también. Vi, con el rabillo del ojo, caer a otro de nuestros enemigos, soltando chorros de sangre por la horrible herida causada por la bala, que le había decapitado literalmente, pateó unos momentos y luego se quedó inmóvil.

Los hombres de Joquio vacilaron, pero cuando tres o cuatro más de ellos, destrozados por los terribles impactos de las pesadas balas, cayeron al suelo, muertos, se lo pensaron mejor y retrocedieron unos cuantos metros, procurando ponerse fuera del alcance de nuestras magníficas y estruendosas pistolas.

—Me estoy oliendo —dijo Larrabee—, que estos fulanos no quieren liquidarnos, sino solamente apresarnos.

—No me lo digas —murmuré lúgubremente, en tanto reponía las municiones gastadas. Sólo llevaba un cargador de reserva y cuanto lo agotara…

—En cuanto me eche a Armes a la cara lo voy a poner verde —refunfuñó mi jefe—. Y la luz…

—En la luna —dije, sarcástico, y acto seguido volví a gritar—: ¡Ahí vienen!

La táctica de los hombres-águila varió ahora. Volaban en torno nuestro, con rapidísimos giros, pero sosteniendo las lanzas al revés.

—¿Es que quieren apaleamos? —Gruñó Larrabee. Soltó un tiro, pero fue un cartucho perdido.

—¡No! —grité, saltando lateralmente para esquivar un furioso leñazo que me tiraba uno de aquellos tipos con alas—. Solamente quieren atontarnos para…

Un golpe en mitad del pecho me derribó de espaldas al suelo. Mas no por ello solté la pistola. El individuo que me había abatido se dispuso a repetir la suerte, pero el brazo le voló por los aires cuando le alcancé con una bala en la coyuntura con el hombro. Cayó al suelo, saltando y aleteando espantosamente.

Dos disparos más, uno del Honorable, y otro mío, concluyeron, la batalla. Los tres o cuatro supervivientes, poniendo sus reactores al máximo, se dieron a la fuga, largándose de allí a toda prisa.

Y en aquel momento vino la luz.

Parpadeamos deslumbrados. Larrabee se dio cuenta de algo.

—¡Oye, mira, aquí hay un tipo de estos que todavía vive!

Me acerqué al hombre de Joquio. La herida del hombro era espantosa y por ella salían verdaderos caños de sangre. El tono de la piel del hombre-águila había adquirido el ceniciento color que precede a la muerte.

Nos miró con ojos endurecidos por el odio. La lanza radiante había quedado a corta distancia de él, y de haber tenido las tuerzas suficientes, estoy seguro de que habría hecho todo lo posible para atravesarnos con la mortífera arma.

Por más empeño que pusimos, el individuo se negó en redondo a contestar a nuestras preguntas. Expiró sin decir una palabra y cuando su pecho se hubo cansado de respirar, el Honorable y yo nos incorporamos, mirándonos poco menos que consternados.

Abrí la boca, pero Larrabee me impidió hablar.

—¡Luego! —renegó—. Melphys nos está, esperando. Hablaremos cuando hayamos terminado… aunque no creas que esa presuntuosa se va a ir de vacío.

—¿Crees que ella…? —insinué. Pero Larrabee no contestó; se encaminó directamente al monorrueda, y yo le seguí.

Dejamos detrás de nosotros un espantoso rastro de muerte y destrucción. Mientras que conducía, se me ocurrió la idea de que alguien iba a tener que utilizar mucho su cerebro aquella noche, y aunque el mío trabajaría de firme, habría otros que lo harían mucho más intensamente.

Pero todas estas ideas se me borraron, como por encanto, cuando mis ojos contemplaron, sin restricción alguna, la infinita hermosura de la Belleza de la Galaxia.

CAPÍTULO III



ntes he dicho que Armes sabía hacer bien las cosas. El palacete que había asignado como alojamiento a Melphys era algo de ensueño, una de esas cosas que sólo se ven una vez en la vida. Las palabras son insuficientes para describir su magnificencia.

Avanzamos despacio, franqueados por media docena de fornidos guerreros de su guardia personal, hacia la pérgola semicircular de esbeltas columnas que encerraba en su centro, una piscina de forma romboidal, con los ángulos curvos, y cuyas aguas estaban iluminadas delicadamente, en varios tonos que cambiaban casi continuamente, constituyendo un fascinante espectáculo para la vista.

El exceso de temperatura que pudiera haber, quedaba amortiguado por la frescura de los numerosos surtidores, cuyo leve rumor constituía una agradable música para el oído. La iluminación no existía; simplemente, el lugar alumbrado por el mismo césped

fosforescente que brotaba, singularmente arreglado, por doquier; pero su luz no producía ninguna deformación espectral en los rostros; antes, por el contrario, en todo caso lo que hacía era suprimir los posibles defectos que pudiera haber.

Melphys estaba en el lugar donde se iba a celebrar la cena, casi debajo de la pérgola. La mesa, amplísima, era muy baja, sin embargo, y a su lado, había unos cómodos divanes en los que reclinarse. También el techo de la pérgola era fosforescente y el conjunto, en total resultaba de una singular belleza.

Pero todo esto desaparecía instantáneamente apenas se enfrentaba uno con Melphys. Cualquiera de sus doncellas habría podido ser proclamada «*Miss*» Tierra sin la menor dificultad; sin embargo, a su lado, parecían unas incultas campesinas búlgaras.

La propia Melphys salió a nuestro encuentro, caminando con la gracia de una ondina. Vestía de una manera muy sencilla, con un traje ajustado hasta un poco más abajo del talle, continuando de aquí al suelo en una amplia falda de flotantes velos, de un extraño tejido que reflejaba de un modo maravilloso la luz circundante. No llevaba ninguna joya, excepto un par de brazaletes en la muñeca izquierda y su escote, cosa que, no sé por qué, me agradó bastante, era moderado.

—¡Hum! —refunfuñó entre dientes el Honorable al verla levantarse—. Aquí hay gato encerrado. Esto de que Melphys se levante para recibirnos…

Pero yo no oía a mi jefe. Estaba contemplando, materialmente embobado, la fascinante belleza de Melphys, cuyos dorados cabellos, del color oro pálido, contrastaban deliciosamente con el discreto tono tostado de su piel. Ella también me miró y sentí que las entrañas se me derretían.

Llegó a nuestra altura. Con una perfecta reverencia, Larrabee tomó su mano y la besó. Yo, por mi parte, hice lo mismo, y sentí que una descarga eléctrica de alto voltaje recorría todo mi cuerpo cuando nuestros dedos entraron en contacto. Sentí unos horribles deseos de bajar el ala izquierda y empezar a revolotear en torno de ella, mas, afortunadamente, logré contenerme.

—Os estoy muy agradecida por aceptar mi invitación, terrestres —dijo, con suave y pastosa voz. Sus ojos estaban casi continuamente fijos en los míos; aunque, desde luego, no me hacía

ninguna clase de ilusiones; demasiado sabía por qué.

—Somos nosotros los honrados, Majestad —dijo el Honorable—. Había oído hablar mucho de tu belleza, pero, francamente, quien lo hizo te insultó.

Melphys arqueó una ceja.

—No te entiendo, Honorable —dijo. (En la Galaxia, el tuteo era general, aunque fuera del último súbdito a su jefe de Estado. Los tratamientos, no obstante, continuaban usándose en el diálogo).

Larrabee sonrió:

—He dicho que te insultó, Majestad, porque no hizo justicia a tu hermosura. No hay palabras suficientes con qué describirla.

Una suave sonrisa apareció en los rojos labios de Melphys.

—Muy galante, Honorable, muy galante. E ingenioso al mismo tiempo. No se puede ignorar vuestra procedencia con tales frases. De todas formas, las creo exageradas —y al momento, varió de conversación—: ¿Tu jefe de Seguridad?

—Sí mismo, Majestad. Evans Rivedo —me presentó Larrabee.

—Me siento muy satisfecha de conocerte, Rivedo —dijo ella, sin dejar de mirarme—. Pero, venid; la cena nos está aguardando.

Hizo un leve gesto con la mano, y al mismo tiempo sus servidores, de ambos sexos, se precipitaron a disponerlo todo. El Honorable se recostó al lado y yo en la parte opuesta de la mesa, pero frente por frente de Melphys. (Por ocupar algún lugar, millones de seres habrían dado cualquier cosa. Y yo estaba allí no solamente sin buscarlo, sino por expreso deseo de la propia Melphys).

Afortunadamente, la cena fue «terrestre». Quiero decir con ello, que no se recurrió esta vez a las detestables píldoras alimenticias que solían usarse corrientemente, y que el salmón era salmón, el pollo era pollo, y así con todo cuanto nos sirvieron. Hasta el jerez era legítimo, cosa que reconocí al instante, con sólo olfatearlo y no poca satisfacción de mi parte.

Fue ya casi a los postres, saboreando unas exquisitas uvas, traídas directamente del Sistema de Alfa del Auriga, con su piel reducida al mínimo espesor, y sin pepitas, cuando Melphys abordó el tema, cuya iniciación tanto habíamos temido el Honorable y yo.

—Supongo dijo con suavidad, mordiendo un grano de uva, —que habréis adivinado por qué os llamé, ¿verdad?

Larrabee me miró. Yo le correspondí. Aquél dijo:

—Supones bien, Majestad. Sin embargo, nada, nos es tan doloroso como darte una negativa.

No por ello desapareció la sonrisa del rostro de Melphys.

—Tú respuesta es harto prematura, Honorable. Sí; es cierto: yo quiero a tu jefe de Seguridad.

—Me es imposible cedértelo, Majestad. Las leyes del Gran Reino…

—Las leyes del Gran Reino pueden irse a paseo, Honorable. Si Rivedo se viene conmigo, ¿cuál crees que sería mi recompensa?

—¿Para mí o para él? —inquirió, levemente burlón, mi jefe.

—Para ti, naturalmente —respondió Melphys.

Larrabee soltó una carcajada. Era evidente que un taco le habría sentado mucho mejor y aliviado en parte de su tensión.

—¡Ya! Mi recompensa sería un par de tiros por encargo de Zendar, Príncipe de Centauro. No, gracias, Melphys; estimo en mucho mi pellejo para intentar hacer tan siquiera lo que dices.

—Los terrestres vivís humillados, amargados —continuó ella, impávida, sin hacer caso de las palabras de Larrabee—. Un tiempo fuisteis los dueños del Universo. Ahora, en cambio os veis relegados a un lugar secundario, y esto aún es mucho, Honorable. Según cuenta la Historia, de vuestro planeta surgió la civilización estelar. Debierais ser vosotros quienes gobernarais a la Galaxia, y ¿qué sois, en cambio? ¿Qué es ahora vuestro Sistema Solar? Una simple Subgobernaduría, dependiente del Principado de Centauro, con un solo planeta habitado y habitable. Pobre Estado para quienes fueron los autores de esta formidable expansión galáctica, Honorable.

—Así es, desde luego, Majestad —reconoció Larrabee—. Pero no hay mejor filosofía que contentarse con lo que se tiene, y no ambicionar más. Esto podría llevarnos a la ruina, y yo no puedo ser el inconsciente autor de la muerte de miles de millones de compatriotas míos que me eligieron como su jefe de Estado y que confían ciegamente en mí.

—Bonitas palabras, a fe —repuso Melphys. Agitó una mano y una estupenda camarera trajo una caja de cigarrillos. Tres manos, casi a un mismo tiempo, surgieron provistas de fuego y los tres empezamos a quemar el aromático humo de los cigarrillos, afortunadamente terrestres—. Bonitas palabras —repitió Melphys,

exhalando el humo—, pero sumamente insensatas, no te ofendas, Honorable.

—¿Quieres decirme qué habrías contestado tú de hallarte en mi lugar?

Súbitamente, Melphys arrojó el cigarrillo, a un lado. Se irguió en su diván y exclamó, no mirándole a él, sino mirándome a mí.

—¿Qué contestarías tú, Honorable, si te ofrecieran el Principado de Centauro y te garantizaran que tu planeta volvería a ser lo que fue, es decir, el centro de por lo menos, un Estado pujante, fuerte y poderoso?

—¿Tú… me ofreces eso…; Majestad?… balbuceó, atónito, Larrabee.

—Sí; y puedo dártelo, Honorable. Pero ya sabes lo que te costará. Aunque, desde luego, es un precio sumamente barato. Los terrestres aullarían de gozo si convirtieras sus viejos anhelos en realidad, Honorable.

—Si intentara hacer tal cosa, nuestro viejo planeta desaparecería, Majestad —contestó mi jefe, firmemente, ya repuesto.

—Los centaurinos no quieren a Zendar. Te acogerían a ti como su Príncipe, con sumo placer, A ti o a otro terrestre, por supuesto.

—Lo siento, Majestad; pero no puedo hacer lo que me pides. Veremos, si aun negándome, esta entrevista no nos trae consecuencias.

Un chispazo de cólera apareció en los azulinos ojos de Melphys. Pero luego se rehízo.

—Soy una tonta —dijo—. Debiera haberlo consultado con el interesado.

Larrabee sonrió.

—¿Por qué no lo haces? Anda, Evans, dale tú mismo la respuesta.

Suspiré:

—El interesado —dije, dándome a todos los diablos—, dice que no, Majestad.

—Está delante tu jefe, Rivedo; por eso contestas así.

Larrabee se puso en pie.

—Ordena a uno de tus criados que me lleve a mi hotel. Ahí te dejo con el… interesado, Majestad. El convencerlo es ya cuestión

tuya.

Melphys lo miró.

—¡Testarudo como un terrícola, se dice, y es verdad! Oh, hombres de hielo, ¿qué podría yo hacer para convenceros? Lo sabéis de sobra; necesito desesperadamente a Evans; lo necesito y lo quiero. Si no os convence el premio que ofrecí, pedid otro cualquiera. El que se os antoje, el que deseéis. En mi mano está satisfaceros el mayor de vuestros caprichos, por extravagante que éste sea.

—Ni aunque me ofrecieras la jefatura del Gran Reino de la Galaxia podría aceptar, Majestad —contestó firmemente Larrabee—. Las leyes, respecto de los hombres como mi jefe de Seguridad, son contundentes y no dejan lugar ni resquicio a la interpretación flexible que permita una escapatoria. Si sólo se tratara de mí no tendría el menor inconveniente en aceptar, Majestad; pero hay varios miles de millones de terrícolas que confían en mí y que…

—Lo sé, lo sé —dijo ella con hastío—; ya me lo dijiste antes, Honorable. Pero —de repente extendió un rosado índice, rematado por una uña de oro, y su voz tomó una súbita energía—, tendré a tu Rivedo, tanto si lo queréis como si no.

—Provocarás un conflicto galáctico con tu actitud, si persistes en ello, Majestad —respondió Larrabee duramente—. Y, por otra parte, no me cabe la menor duda de que tratarás de hacer lo que has dicho. Por lo tanto, esta noche ya has lanzado tu primer golpe.

El rostro de Melphys expresó la absoluta sorpresa que sentía.

—No te entiendo, Honorable —dijo.

—¿No? Pues has de saber, y no te hagas la ingenua, que un pelotón de sicarios quisieron raptarnos esta noche, cuando veníamos hacia acá. Y, para despistar, hiciste que fueran águilas humanas de Joquio.

Los ojos de Melphys se abrieron desmesuradamente.

—¿Qué yo… empleé…? ¡Honorable, me estás insultando!

—Cuando se dice una verdad desagradable, siempre se la califica de insulto. Anda, ponte en contacto con las fuerzas de seguridad interna de Alphea, que te digan lo que ocurrió esta noche en la autopista, a quince kilómetros de tu residencia. Que te cuenten el montón de muertos que hemos dejado, todos ellos con alas y reactores.

—¡Es monstruoso, Honorable! Confieso que quiero a Rivedo; pero jamás…

—¡No digas estupideces, Majestad! ¿Crees que no sabemos con quién nos jugamos la pasta? Anda, Evans, vámonos. Vámonos, porque si no, preveo un estallido y mi médico me ha dicho que debo vigilar la tensión.

—¡Aguardad un momento! —Melphys se había puesto en pie y extendía el brazo en ademán imperioso… Has dicho, Honorable, que viniendo hacia acá fuisteis asaltados.

—Repíteselo, Evans —dijo Larrabee con fastidio.

—No es necesario —murmuró Melphys, pensativa. Luego alzó sus ojos y me miró a mí de nuevo—. ¿Honorable…?

—¿Qué quieres, Majestad?

—Déjanos a solas, ¿quieres? Uno de mis hombres te llevará…

Larrabee gruñó:

—Está bien, ¡sea! Evans, recuerda…

—Sé lo que tengo que hacer, jefe —murmuré, tragando saliva. Ni siquiera me di cuenta del momento en que se marchó.

Sonriendo de nuevo, como si no hubiera ocurrido nada, Melphys me señaló el diván.

—Ven, Evans —dijo dulcemente—; siéntate a mi lado.

Obedecí; ¿qué diablos podía hacer uno? Seguro que cuando estuviera de vuelta en la Tierra y lo contara, me tacharían de embustero y fantasioso, pero, por lo menos…

—Evans —murmuró Melphys—, sabes por qué te necesito…

—Sí, Majestad… Pero ¿no tienes en tus reinos un hombre como yo?

—Oh, hombre testarudo… ¿Acaso no sabes de sobra que sólo sois cuarenta en toda la Galaxia y que tú eres el único que no estás haciendo lo que debieras hacer? Ni siquiera consigo convencerme a mí misma de que un hombre de tus excepcionales condiciones esté desempeñando el oscuro cargo de jefe de Seguridad de una pobre Subgobernaduría como la de Sol… Vente conmigo… Tendrás honores, riquezas, cuanto tu ambición desee, por muy alto y elevado que esté lo que desees…

Las últimas palabras las pronunció de una manera singular. Estuve a punto de marearme, por lo que, para ocultar la intensa turbación que me había acometido, me refugié tras el parapeto de

un cigarrillo.

—Lo… lo siento, Majestad… —dije, aspirando nerviosamente el humo—. Pero, de acceder, ya sabes de sobra lo que ocurriría. Gracias a Zendar, estoy donde estoy y no en cualquier remoto sistema, como hacen los otros treinta y nueve que se encuentran en mis condiciones. Quizá por lo que antes dijiste de haber sido el centro de la civilización estelar, se nos consiente tal beneficio a los terrestres. Y puedo asegurarte una cosa, Majestad… Puedo asegurarte…

—¿Qué es ello, Evans?

—Si de mí dependiera, trataría de perder las facultades que poseo.

Melphys se incorporó, vivamente horrorizada.

—¡Eso no, Evans! ¡No, jamás!

—¡Estoy harto de mí mismo! —estallé al fin—. Ahora vivo bien, como jefe de Seguridad de Larrabee. Pero llegará un día que me den la patada y me utilicen para lo que en realidad sirvo.

—Es lo que debieras haber estado haciendo desde un principio, Evans. Mírate en el espejo de tus compañeros. Todos ellos son riquísimos, poseen infinidad de cosas que les están vedadas a los demás mortales, son tan poderosos casi, o hasta sobra el casi, como los jefes de Estado a quienes sirven. Adulados, servidos, acatados por todo el mundo… ¡y tú no quieres ser uno de ellos!

—El día en que cese como jefe de Seguridad de la Subgobernaduría, haré todo lo posible para perder mis cualidades, Majestad —dije firmemente.

Melphys palideció.

—Oh, no, no… Eso es imposible, Evans… Yo te daré todo lo que quieras, ¿no me has oído antes? Pide lo que más ambiciones. ¿Quieres… quieres ser… incluso… el Emperador de las Nubes Magallánicas?

Las palabras de Melphys me aturdieron. La miré espantado, dudando de su razón.

—No estoy loca —susurró, sonriéndome—. No, Evans, no estoy loca.

—Majestad, es un precio muy alto…

—Llámame Melphys —dijo, aproximándose. Percibí el calor de su delicado cuerpo—. Deja los tratamientos a un lado. El futuro

Emperador de las Nubes Magallánicas no puede tratar así a…

—¿Yo… Emperador…?

Melphys entreabrió sus labios.

—Sí… Tú, Emperador… como esposo mío, naturalmente. ¿Qué te parece el precio?

La miré, sin saber qué hacer, con la cabeza convertida en un puro torbellino de desatadas pasiones. El corazón me latía aceleradamente y la boca había perdido súbitamente toda su saliva. Anhelante, con respiración entrecortada, Melphys me miraba, quemándome con el fulgor de su mirada, ardiente y apasionada.

El silencio se hizo absoluto, a excepción del rumor de los surtidores. Lentamente conseguí recobrar mi estabilidad.

—No puedo, Melphys, no puedo —dije, retorciéndome las manos, furioso, impotente. Deseé, que ella me hubiera ofrecido todo aquello por mí mismo, pero… era un sueño vano… Como yo éramos sólo cuarenta en toda la Galaxia y…

—Sí, puedes, Evans —continuó ella, insistente. Se me aproximó más—. Si puedes —prosiguió—. Serás el Emperador de las Nubes Magallánicas primero, tras de nuestro matrimonio, y Gran Rey de la Galaxia después. Tú y yo, unidos…

Súbitamente, me levanté y eché a correr. Corrí desolado, sintiendo en mi pecho el duro y acelerado golpeteo de mi víscera cardíaca, persistiendo en mis oídos el dulcísimo sonido de la voz de Melphys. Corrí todo cuanto pude, sin que nadie osara detenerme hasta que al fin, sin casi saber lo que hacía, encontré mi monorrueda, en el que partí a una velocidad suicida hacia Alphea. Interiormente derramé sangrientas lágrimas y más que nunca deploré mi condición. Melphys no intentó detenerme siquiera, pero pude escuchar sus últimas palabras.

—Serás Emperador… aunque tú no lo quieras, Evans… —había gritado en tanto corría como un demente, con toda su locura repentinamente desatada.

Mis ojos apenas si veían nada del panorama que se desarrollaban ante ellos. Solamente pensaba en una cosa y era que se necesitaba tener algo más que una voluntad de hierro para no ceder a los requerimientos de Melphys.

Pero Melphys no me habría querido de ser yo un terrestre normal. Ni tan siquiera se habría fijado en mí.

Pero ¿qué diablos tenía yo, fuera de lo normal, que hacía que la Emperatriz de las Nubes Magallánicas me deseara tan ardientemente? ¿Qué tenía yo que sólo tenían treinta y nueve seres más en toda la inmensísima extensión de la Vía Láctea? ¿Qué cualidades eran las mías que, de ser mal empleadas, podían desencadenar un conflicto de magnitud estelar?

Simplemente esto: YO ERA UN HOMBRE CON DOS CEREBROS.

CAPÍTULO IV



unque no lo crean, un hombre con dos cerebros, o biencéfalo, como quiera llamársele, es un hombre que no se diferencia, exteriormente, en nada de los otros. Acaso algunos, pocos, tienen su cráneo un poco más desarrollado que los demás, pero no es lo corriente. Tampoco el segundo cerebro es del mismo tamaño que el normal, sino más bien como una especie de quiste o tumor incrustado en la parte superior del primero y que, a simple vista, en una autopsia, por ejemplo, no se advierte apenas. Sólo las radiografías, en muy especiales condiciones, son capaces del delatar la existencia del segundo cerebro, y entonces es cuando surge el caso Evans. Digo «caso Evans», porque es de mí de quien se está hablando en la presente ocasión.

Un hombre biencéfalo es un hombre que surge una vez cada mil millones o más y, por lo tanto, su valor es incalculable. Ustedes se preguntarán, sin duda alguna, cuál demonios es el valor de un

hombre de dos cerebros, ¿no? Está bien: creo que es hora ya de aclararlo.

Las comunicaciones entre los diversos Estados, Sistemas, Conjuntos Estelares, y demás unidades astropolíticas que existen en la Galaxia, son lógicamente, no difíciles, sino dificilísimas; casi mejor podría decirse, imposibles. Es cierto que las espacionaves, desarrollando velocidades hiperlumínicas en unas ocasiones, aprovechando en otras la distorsión de los diversos campos del espacio, van y vienen entre las diversas estrellas y constelaciones con rapidez fantástica. Naturalmente, un mensaje radiolumínico es siempre mucho más lento que cualquier astronave; sencillamente, la velocidad del mensaje no sobrepasa los 300,000 kms. al segundo.

Y ahí es donde, precisamente, entramos en escena los biencéfalos.

Un hombre con dos cerebros puede transmitir un mensaje entre dos puntos situados en los extremos de la Vía Láctea, o sea separados entre sí por nada menos que unos
130 000
años luz, en un instante, utilizando sus fantásticas condiciones. Naturalmente, no es sólo por telepatía, sino por ondas mentales que emite, transmitidas a través de aparatos especialísimos, sin los cuales el segundo cerebro le sirve tanto como un par de patas a una ballena. Pero sin esos aparatos, de construcción muy especial, la telepatía de un biencéfalo no es mucho mayor que la de un hombre con un solo cerebro.

Ahora bien, lo primordial en nuestra Galaxia, como en escala mucho más reducida, en una ciudad cualquiera de la Tierra, por ejemplo, son las comunicaciones. A todo jefe de Estado le interesa estar informado de lo que ocurre en Deneb, Canopus u Ofiuco, digamos, y para eso tiene a su respectivo biencéfalo quien, comunicándose con otro ser idéntico, por medio de los aparatos ya citados, transmite y recibe los mensajes radiomentales con fulminante rapidez. Pensado y dicho, es la frase popular con que se nos distingue a quienes poseemos tan maravillosa cualidad.

Pero, desgraciadamente, nuestro número, como ya he mencionado, es reducidísimo, y son muy pocos los jefes de Estado que tienen su biencéfalo, y de todos ellos, el Subgobernador de Sol es quien tiene dos: uno que está en el transmisor, y yo.

Hasta ahora, no sé por qué condescendencia me he salvado de pasarme la vida amarrado a un transmisor, pues es un trabajo durísimo, aunque, eso sí, regiamente pagado, no sólo con beneficios materiales, sino morales. A un biencéfalo, nadie le niega nada, y el jefe de Estado que lo emplea ya se cuidará muy bien de oponerse a la menor de sus pretensiones. Un biencéfalo no tiene valor y todos los que tienen un gobierno lo saben.

Por eso mismo hay unas leyes sobre nosotros que nadie conculca. Ningún gobernante puede tener un biencéfalo a su servicio, y con éste, los correspondientes aparatos de transmisión, sin la aquiescencia de los demás. Para que un biencéfalo sea utilizado por un jefe de Estado es precisa una reunión de los demás, o de sus representantes, y sólo el voto de la mayoría decide. La negativa es inapelable, y el intento de apoderarse de uno de nosotros, castigado con terrible severidad, severidad que puede llegar al extremo de borrar de la carta estelar al pueblo de quien ha violado la Ley.

Un biencéfalo tarda a veces en surgir, pero cuando nace, enseguida se sabe. La radiografía a todo recién nacido es imprescindible, y ella es la que delata la existencia del segundo cerebro. El médico que ha asistido a la madre tiene la obligación de dar cuenta inmediatamente a la Subgobernaduría de Sol y ésta, a su vez, lo comunica al Gran Reino. Inmediatamente, se toman las precauciones pertinentes para que el recién nacido sobreviva, y es objeto de cuidados especialísimos en los cuales, como es lógico, se incluye la familia. Luego, cuando ya ha crecido un poco, se le va instruyendo en su misión y… Bueno, esto es muy largo de explicar y, la verdad, me está desviando de la cuestión principal.

Además, hay una curiosa propiedad. Los biencéfalos nacen solamente en la Tierra. Hasta ahora no se ha dado un solo caso de un ser con dos cerebros nacido fuera de nuestro viejo planeta, y esto, en buena parte, es lo que nos da fuerza y hace que seamos respetados por los demás Gobiernos. De otra forma, ¿cuánto tiempo haría que ya no existiríamos? He aquí uno de los principales motivos, si no el que más, por los que Zendar, Príncipe de la Constelación del Centauro, nos protegiera tan decididamente. Precisamente habían sido sus sabios quienes habían descubierto las propiedades de los biencéfalos, y de ellos se aprovechaba Zendar,

quien, por otra parte, no se andaba remiso en cobrar buenos estipendios por la cesión de uno de nosotros, cuando esto era acordado en el Consejo del Gran Reino.

Y ahora, yo, afortunado mortal que no había transmitido más mensajes que los inevitables de prácticas, era deseado por una bellísima mujer, Emperatriz de un inmenso mundo, que carecía precisamente de un transmisor. Melphys había pedido en muchas ocasiones su correspondiente biencéfalo, pero el Gran Reino había denegado la petición, basándose en que las Nubes de Magallanes no pertenecían, astrográficamente, a la Galaxia. Y Melphys estaba decidida a tener al único que estaba libre en aquellos momentos: yo.

Sus palabras resonaban aún en mis oídos a la mañana siguiente cuando comenzaron de nuevo los Juegos.

Serás Emperador… aunque tú no lo quieras, Evans…

Tal había dicho cuando yo me alejé corriendo de su palacio, y tal cosa parecían volver a decir sus labios cuando, mirándome descaradamente, se acomodó en su sillón en la tribuna, momentos antes de que se reanudara el espectáculo. Armes se dio cuenta de la mirada y frunció el ceño.

Pero el sonido de las trompetas atrajo la atención general. Delante de mí se rebulló inquieto en su asiento Larrabee. Era ahora cuando empezaban de veras los Juegos, en toda su barbarie, con luchas en que la vida humana, aparte del premio, entraba en liza. Estoy seguro de que el Honorable, de no haber sido por su cargo, que le obligaba a ello, se hubiera largado de muy buena gana de allí. Pero esto era algo que nadie podía hacer, sin ofender, no solamente a Armes sino a los demás jefes de Estado presentes y hasta el momento actual, no se conocía tal infracción del protocolo.

Salieron a la arena los hombres-tortuga, lentos, pesados, duramente acorazados por sus pétreas escamas, pulidas y engrasadas hasta brillar intensamente a los soles de Alphea. En sus manos llevaban unas cortas espadas, de agudísimo filo, no obstante, con las cuales y mediante un golpe bien aplicado, se podía decapitar a una persona con toda facilidad.

Eran un centenar aproximadamente de hombres-tortuga los que hicieron acto de presencia en la palestra. Penetraron en cerrada formación, y al llegar al centro del circo se detuvieron.

Instantáneamente, los centauros de Rigel aparecieron galopando a toda marcha. Corrieron, circundando el borde del anfiteatro, al mismo tiempo que saludaban con sus arcos y sus flechas en la mano. Según tenía entendido, los rigelianos eran unos terribles tiradores de flechas y su puntería era fenomenal. Teniendo en cuenta que el punto vulnerable de los tortugas era únicamente su cuello, pues hasta en el rostro tenían placas protectoras, transparentes las de los ojos, y habrían podido resistir sin esfuerzo el impacto de un antiguo Colt 44, la lucha se presentaba tan indecisa como atractiva. Para mejor hacer su puntería, los centauros tendrían que aproximarse mucho a sus contrarios, quienes, haciendo honor a su nombre gozaban de la facultad de esconder, por lo menos hasta, los ojos, su cabeza, dentro de la doble coraza que les protegía el pecho y la espalda.

Una vez más sonaron las trompetas y los rigelianos se abalanzaron contra los blindados. El golpeteo de los cascos contra el suelo se mezcló con el del chasquido de las flechas al rebotar contra las grosísimas escamas de las corazas. Un tortuga no anduvo listo y se desplomó fulminado, atravesada su yugular por una certera saeta. A su vez, un impetuoso rigeliano se aproximó demasiado a sus enemigos y un par de hábiles tajos le desjarretaron.

Cayó al suelo instantáneamente, e intentó defenderse con su arco, pero las manos le volaron arrancadas a golpes de espada. El fin, degollado limpiamente, no se hizo esperar.

La multitud rugía, bramando de excitación. Ya los hombres-coraza y los centauros de Rigel se habían mezclado confusamente, y sus gritos de dolor y de victoria se expandían por encima del bramido del público. Sentí una náusea y, no pudiendo contenerme, aparté la vista de aquel sangriento espectáculo.

Mis ojos chocaron al momento con los de Melphys. Recostada en su sillón, la Belleza de la Galaxia me miraba, sonriendo sarcásticamente, como si mis aprensiones la divirtieran mucho. En sus largos dedos, hoy rematados en uñas cubiertas de diminutos diamantes de luz, sostenía una larga boquilla, a cuyo extremo humeaba un cigarrillo.

Adiviné sus pensamientos. «Te resistes —decía con la mirada—; pero vendrás a mi Imperio…». Renegué de todo y de todos; de mí y de mi doble cerebro; de las cualidades que éste me proporcionaba y

hasta de que no se hubiera descubierto aún el medio de despojar a un hombre de su otro cerebro sin convertirlo en un idiota para el cual la curación no existía ya.

«No me importa provocar un conflicto estelar si con ello te consigo, Evans Rivedo…», decían los ojos y la sonrisa de Melphys. «Y te tendré, no lo dudes…».

Terminó el combate de los rigelianos y los acorazados cuando sólo media docena por bando quedaban todavía en pie. A éstos se les reservaba para el combate final, y mientras tanto, los innumerables servidores del estadio, retiraban los destrozados cuerpos de los caídos y echaban más arena en el suelo, con el fin de cubrir los rojos manchones que lo sembraban por todas partes.

Tras aquel breve descanso, salieron los exápodos de Hydra que debían luchar con los hombres-tigre de las Pléyades. Aquéllos con solamente un lazo de flexible acero, cuya presa era mortal de necesidad, dada la habilidad que tenían en su manejo; éstos, nada más que con sus garras y sus poderosos colmillos, un solo bocado de los cuales casi partía a un hombre normal en dos.

Esta lucha era una de las más interesantes y el público la acogió con delirantes aplausos. Los exápodos penetraron haciendo voltear sus brillantes lasos, en tanto que los tigres lo hicieron andando con tranquilidad, ni sin mostrar sus dientes en feroces muecas que hacían retroceder de pavor a más de uno situado en las primeras filas, a pesar de saber que con él no iba nada.

Dada la señal, los exápodos comenzaron a avanzar lentamente. Los tigres, al fin y al cabo enseñaron los dientes y las garras, preparándose para la embestida. Un lazo volteó en el aire, pero su dueño falló el golpe. El enemigo no se lo dejó repetir: saltando velocísimamente sobre él, le sujetó por el cuello con la garra izquierda. Su boca se cerró sobre la yugular del exápodo, cortándosela al instante, en tanto que su garra derecha, clavándosele en el bajo vientre, se lo desgarraba de abajo arriba, con un solo y eficaz golpe, echándole fuera los intestinos.

El exápodo se desplomó, muerto en dos segundos.

A corta distancia de mí, un exápodo consiguió hacer presa en el cuello de un hombre-tigre. En vano éste intentó desasirse del mortal abrazo; el exápodo, tan prudente como rápidamente, le dio la vuelta y luego tiró del lazo dos o tres veces, con secos gestos. El tigre

pataleó unos instantes antes de caer al suelo.

Nuevamente sentí en mis ojos clavada la mirada de Melphys y nuevamente, forzado por ella, hube de mirarla. Se burlaba, se reía de mí descaradamente, pero ella, entonces, estaba muy alto por encima de mí, y no podía decirla todo lo que pensaba. De haber tenido la suficiente libertad, estoy seguro de que sus lindas orejas habrían adquirido un color encarnado precioso, muy a tono con sus labios escarlata.

Los exápodos y los tigres cedieron su paso a los del Can Mayor y a los hombres-planta de Perseo. Éstos, en sus monorruedas, con su lanza de gran longitud, movida por un brazo mecánico, y los otros, con simples hachas, pero de gran tamaño y, por supuesto, afiladísimas como cuchillas de afeitar.

También, hablando objetivamente, fue éste un combate atractivo, a pesar de la sangre, y la savia, derramada. El interés de los del Can Mayor estribaba en poder destrozar el brazo mecánico que movía la lanza. Conseguido su objetivo, el fin del perseguido estaba próximo y sus astillas volaban bien pronto por los aires.

Terminada aquella sesión de luchas, las trompetas anunciaron el descanso para tomar el refrigerio. A nosotros nos sería servido allí mismo; en cuanto, a los espectadores, cada uno había procurado por sí, para de tal forma, no perder el sitio tan trabajosamente conseguido.

Comenzaron a evolucionar los servidores con costosas bandejas repletas de delicadas vituallas, pero apenas habían empezado, me di cuenta de que el silencio se hacía repentinamente en el colosal anfiteatro.

No tardé en hallar la causa. Un hombre, tranquila, pausadamente, avanzaba solo, por el centro de la arena, dirigiéndose hacia la tribuna presidencial, repleta de Jefes de Estado.

Instantáneamente adiviné lo que iba a ocurrir. Alguno sintiéndose ofendido, hacía uso del derecho secular que todo ciudadano de la Galaxia tiene: retar a su ofensor en mortal combate durante unos juegos como aquellos que se estaban desarrollando ante nosotros. La multitud lo había adivinado también y por ello había enmudecido instintivamente.

Una vez más sentí clavada en mi rostro la burlona mirada de

Melphys. Sin embargo, ahora no correspondí. Fingí estar abstraído en la contemplación del individuo y no le hice caso.

Sorprendido, me di cuenta de que aquel tipo que tenía, por lo visto, algún agravio que lavar, era uno de los hombres de Melphys. Al llegar bajo la tribuna, hizo una profunda inclinación dirigida a Armes, y luego a su Emperatriz; después con un gesto harto significativo, pidió que le acercaran un micrófono.

Alguien se lo arrojó y el guerrero lo cazó al aire. Se lo puso delante de la boca.

Su voz fue oída perfectamente a través de los cuatro millones de auriculares que atestaban el circo. No dijo más que ésta tontería:

—Yo, Singh Haii, perteneciente a la Guardia Imperial de Melphys, magnífica Emperatriz de las Nubes Magallánicas, reto a combate al llamado Evans Rivedo, del Principado de Centauro, Subgobernaduría de Sol, en el bien entendido que uno de los dos ha de quedar para siempre en esta arena.

Y lo hago en nombre de mi señora, Melphys, Magnífica Emperatriz de las Nubes Magallánicas, para vengar mortales ofensas que ésta ha recibido del terrestre. ¡Evans Rivedo, sal a luchar o escóndete como un cobarde!

Entonces comprendí el porqué de las sonrisitas de la Belleza. Todo se me aparecía ahora tan diáfano como la luz de los dos soles de Alphea. Miré a Melphys, y ella ya me estaba mirando; como siempre, irónica, insinuante, desdeñosa…

Vacilé un segundo. En mis manos tenía el medio de evitar aquel combate: acceder a las propuestas de Melphys. Con decir que sí, ella haría dar un paso atrás a su hombre, y yo me evitaba los riesgos de aquel combate a muerte, y además…

Pero «testarudo como un terrestre», se dice, y no quise dejar en mal lugar al autor de la frase. Me puse en pie.

—¡Acepto! —exclamé a voz en cuello.

CAPÍTULO V


o! —chilló Larrabee, poniéndose en pie a un paso de mí. Extendió su dedo con un gesto truculento—. ¡Evans, te prohíbo terminantemente aceptar el desafío!

Antes de que pudiera yo contestarle tan siquiera, otro personaje se me anticipó. Armes dijo, sonriendo burlonamente:

—¿Cómo Honorable? ¿Qué mosca te ha picado para violar la tradición de un modo tan abrupto?

—¡Un cuerno para la tradición y quien la inventó! —estalló Frank—. La tradición no es una ley que obligue, y tú bien lo sabes, Altísimo Duque.

Terció otro, anticipándose a la acción de Armas Roheb, del Can Mayor, nos miró sarcásticamente.

—Había oído decir que los de Sol son los más valientes de la Galaxia, pero quien tal dijo, me engañó miserablemente.

—No es hora de probar ahora nuestro valor, Señor —dijo

Larrabee entre dientes—, sino de…

—Es inútil —exclamé yo, impaciente—. El retado soy yo, ¿no? Pues es a mí a quien corresponde la decisión. ¡Singh Haii, aguarda un momento tan sólo; no te haré esperar mucho!

Salí de mi espacio, no sin antes arrojar una burlona mirada a Melphys, la cual, continuando en su indolente actitud, permanecía como si todo aquel escándalo no fuera con ella.

—¡Pero tú no has ofendido a Melphys! —objetó, desesperadamente Larrabee, en su afán por impedir el combate. Se volvió hacia ella—: Majestad, ¿cuáles son las ofensas que te ha inferido mi jefe de Seguridad? Dímelo; te garantizo que serán castigadas como se merecen y…

Melphys agitó la mano.

—No me fío mucho de vuestra justicia, Honorable. Prefiero que sea Singh Haii quien me defienda.

—¡Es completamente absurdo! ¡Estúpido! ¡Tales ofensas no existen más que en tu calenturienta imaginación…!

—¿Lo ves, Honorable? —Sonrió ella, impávida. Aunque no existieran, tú mismo acabas de insultarme. Y como eres Jefe de Estado, y yo también, no puedes salir a la arena, por lo que hemos de ser representados por dos de nuestros ciudadanos, según exige la tradición.

¡Diabólica astucia la de Melphys! Ahora sí que ya no existía escapatoria posible… excepto la de retirarnos de allí confundidos y declarados cobardes en toda la Galaxia. Zendar, allí presente, y que no había despegado los labios en ningún momento, nos retiraría su protección; a Larrabee le quitarían el cargo; a mí… Valía más no pensar, y así lo hice.

Pero no pude contenerme y al pasar frente a Melphys la disparé un dardo mordaz, ácido en extremo.

—¿Sólo cuentas con ese alfeñique para vengarte, Majestad? Tengo entendido que si algo hay que os desagrada a vosotros, los del Imperio de las Nubes Magallánicas es el ridículo. Lo siento por ti, Majestad; una mujer tan bella como tú puede exponerse a cualquier cosa menos a provocar la hilaridad de dos millones de personas ahora y cuarenta millones más dentro de pocos días.

Melphys se envaró en su asiento, arrojando chispas de cólera por sus bellísimos ojos, más azules que nunca. Pero enseguida recobró

su habitual sonrisa.

—Entre los defectos qué tenemos los de las Nubes Magallánicas no figura precisamente el de la charlatanería, Rivedo. Anda y mira a ver si eres tan hábil con la espada como con la lengua.

—¿Cómo quieres a tu hombre? ¿En rodajas o en rebanadas? —me despedí ofensivamente, y sin más, me encaminé al túnel inferior de acceso a la arena. Ya estaban allí algunos auxiliares dispuestos a ayudarme en la preparación del combate. Rechacé sus servicios.

—Con la espada me basta —dije, de malísimo talante. Arrojé el casco a un lado y pegué una patada al escudo que me ofrecían—. Cuantos menos estorbos mejor. ¡Abrid la puerta!

Uno de ellos se precipitó a la pared y apretó un botón. Al instante, el pesado rastrillo de acero radiante, cuyos barrotes despedían una verdosa fosforescencia aun en pleno día, comenzó a subir. Miré con aprensión aquel artefacto, cuyo sólo contacto resultaba mortífero, pero en cuanto tuve el espacio suficiente, pasé por debajo y salí a la palestra.

Singh Haii parpadeó asombrado al verme armado solamente con una espada similar a la suya. Él llevaba casco, coraza y escudo, en tanto que yo me cubría únicamente con una holgada blusa y unos «*shorts*». Además, y muy lentamente, de modo que todo el mundo pudiera contemplarme a su sabor, me despojé de las sandalias, pisando la arena con los pies desnudos.

—¡Eres un loco, Evans Rivedo! —refunfuñó Singh Haii—: ¿Tienes ganas de suicidarte? Anda: ve y ármate como corresponde y vuelve luego…

—Tu Emperatriz me dijo que los de las Nubes Magallánicas no sois charlatanes, pero ya veo que mintió descaradamente. Ocúpate de ti mismo y procura cuidar de tu precioso pellejo. ¡Cuando quieras!

Mis palabras enfurecieron a Singh Haii, haciéndole perder los estribos. No obstante, consiguió dominarse lo suficiente para hacer el saludo preliminar, pero casi en el acto se arrojó sobre mí.

Salté a un lado esquivando el furioso tajo que me tiraba, y yo le respondí con un pinchazo que al instante hizo brotar sangre de una de sus mejillas. Giré rápidamente y me volví para aguardar el segundo embate de Singh Haii.

El dolor y el escozor le hicieron perder los estribos.

—¡Ésa no es manera de pelear, terrestre! ¡Acércate y lucha como los valientes!

—Cada uno lucha a su manera y la tradición no lo prohíbe, de modo que…

Prometí en lo sucesivo contener mi lengua. Oí perfectamente el agudo silbido de la espada de mi enemigo y casi al instante, la mía rebotó, con metálico tañido, contra su escudo. Paré un tajo en tercera y me tiré a fondo contra su axila, allí en los intersticios que forzosamente debía dejar la coraza por la holgura del juego del brazo.

Solamente un milagro evitó que Singh Haii cayera allá mismo. Vi asomar el miedo a sus ojos, y sólo un esfuerzo de su voluntad le impidió echar a correr. Para darse ánimos a sí mismo, se abalanzó sobre mí.

Empezó a mover su espada como si fuera un molino de viento. Durante unos momentos no pude hacer otra cosa que retroceder, parando tajos y estocadas a razón de uno por segundo, en tanto que Singh Haii, recobrado, sonreía con fanfarronería.

Un grito de angustia sonó por encima de mi cabeza. Me pareció ser la voz de Melphys, pero atento a la defensa, forzosamente más cerrada que nunca, no me entretuve en confirmarlo. Singh Haii ganaba terreno gradualmente.

Un vivísimo dolor me recorrió súbitamente el brazo izquierdo de arriba abajo cuando la punta de su espada me lo rasgó limpiamente. La sangre empezó a correr con tonos escarlata. Instintivamente, me arrodillé, medio atontado.

Aquello me salvó la vida, porque, reuniendo todas sus fuerzas, Singh Haii se tiraba a fondo. Su espada atravesó el aire exactamente por el lugar que había ocupado mi pecho una décima de segundo antes.

Al no encontrar el blanco que deseaba, perdió pie. Vaciló, en tanto que yo, haciendo un esfuerzo, salía de debajo de él. Singh Haii gritó agudísimamente, intentando evitar lo que ya era inevitable.

Tenía las dos manos ocupadas con la espada y el escudo, por lo que no pudo defenderse de sí mismo. Su rostro chocó bruscamente contra la verja de acero radiante.

Me estremecí, dándome cuenta de lo cerca que había estado yo

de correr la misma suerte. Embebido en el combate, no me había apercibido de que mi enemigo me había hecho retroceder hasta quedar a cortísima distancia de la cortina radiante, cuyo sólo contacto significaba la muerte en brevísimo plazo.

Singh Haii se enderezó, tambaleándose. Sabía que su suerte estaba ya sellada; antes de una hora sería un cadáver, no sin pasar por una etapa de terribles sufrimientos. Lanzando un ronco grito, se precipitó sobre mí.

Pero ya sus facultades estaban muy disminuidas. Así, a pesar de la herida sufrida en el brazo y por la cual continuaba manando la sangre en abundancia, me fue fácil esquivarle. Su garganta quedó al descubierto un instante.

Arrojando un verdadero caño de sangre por la horrible herida que le había infligido, Singh Haii me miró con expresión de odio infinito. Se bamboleó de un lado para otro y, al fin, se desplomó de bruces, ruidosamente, pataleando espasmódicamente.

Un rugido colectivo acogió mi victoria. El bramido de la multitud acarició mis oídos y traté de sonreír, levantando la espada en alto en señal de victoria. Pero casi al instante, el enorme circo empezó a girar alrededor mío.

Solamente la oportuna llegada de algunos de los servidores impidió que me precipitara sobre la arena. Tomándome en volandas, me llevaron a la sala de curas.

El equipo médico entró en acción rápidamente.

Mi herida no era grave, aunque sí larga y fastidiosa, pero la celulina obra milagros, y pocos momentos después, salvo la inevitable debilidad por la pérdida de sangre, casi podía decirse que estaba como nuevo.

No obstante, aún estaban los médicos trabajando conmigo, cuando, de súbito, alguien irrumpió precipitadamente en el quirófano. Los ojos de Melphys se clavaron, ansiosos, en los míos.

—Evans, ¿estás bien?

Volví el rostro hacia el otro lado; no tenía el menor deseo de contestarle. Pero ella insistió.

—Ésta sí que es buena —mascullé—. Primero me envías a uno de tus secuaces para liquidarme; y luego vienes aquí, a ver si todavía estoy vivo. ¿Es que te duele?

Omití deliberadamente cualquier tratamiento, cosa que

consternó a cuantos allí estaban. Pero Melphys no osó reprochármelo. Además: no se lo habría tolerado. La jugarreta que me habían gastado, me tenía de pésimo humor.

Un momento permaneció de pie en el quirófano, imagen viva del abatimiento; después, muy lentamente, dio media vuelta y se alejó de allí. Casi cinco minutos más tarde, acababan los médicos conmigo.

El jefe de operadores se negó a dejarme libre.

—Tu hazaña ha sido magnífica, Evans Rivedo —adujo, elogiándome al mismo tiempo—; pero también has perdido mucha sangre. No estás en condiciones…

—¡Al diablo con las condiciones! —renegué, poniendo los pies fuera de la mesa de operaciones—. Tengo en mi hotel una botella de vino terrícola que me pondrá como nuevo sin necesidad de vuestros malditos potingues. ¡Dejadme ir!

Mi actitud era tan resuelta, que el médico-jefe no se atrevió a impedírmelo. Tuve, incluso, la desfachatez de aparecer en el palco presidencial, y al verme, el locutor lo anunció por medio de sus micrófonos, cosa que provocó una crisis de entusiasmo en el público, con gran rabieta por parte de Melphys y de unos cuantos jefes de Estado más que revoloteaban en torno de ella como moscardones.

Cuando, al anochecer, concluida la sesión de los Juegos, nos reunimos en el hotel, Larrabee vino directo a verme a mis habitaciones.

Se sorprendió infinito al darse cuenta de que estaba vestido, poco más o menos, como la noche anterior.

—¿Qué haces? ¿A dónde vas? —Gruñó, mirándome de soslayo.

—Psé… A ninguna parte… Sólo tengo ganas de respirar el aire puro, Frank. Después de haber pasado casi diez horas percibiendo el olor a multitud, comprenderás que…

El Honorable alargó el dedo.

—Te conozco, Evans, y sé dónde vas. Te prohíbo…

Acabé de meter la funda en la pistolera. Dije, con falsa desgana:

—Gracias por tus buenas intenciones, Frankie. John Gunther ya tiene instrucciones mías para esta noche. ¡Hasta mañana!

Los noticiarios televisados habían difundido ampliamente mi imagen y el conductor del monorrueda de alquiler que me llamó el

servicial portero del hotel se pasmó al verme vivo. Pero mayor fue su pasmo al oír la dirección que le daba.

Tragó saliva y asintió. Le dije:

—Veinticinco «*garants*» de propina por cada minuto que ganes de tiempo, muchacho.

Si ya mi hazaña le infundía un respeto considerable, el incentivo de la propina fue la espuela mágica que, llevándole a despreciar todas las ordenanzas, hizo que el viaje se redujera al mínimo.

Arrojé un billete de cien «*garants*» sobre las piernas del conductor y, sin más, me encaminé hacia la puerta de entrada, un fiero guerrero me cerró el paso.

—¿Dónde vas, terrestre? —dijo, de malísimo talante.

La muerte de Singh Haii no era precisamente un pasaporte para la amabilidad.

—Aparta, idiota, o ¿crees que tengo que darte explicaciones de ninguna clase?

—Tengo órdenes…

—Si me haces perder la paciencia, meteré mi mano por tu boca y te volveré del revés, cómo un guante. ¡Fuera, esbirro!

El tipo, amedrentado, obedeció. Sin mirarlo siquiera, eché a andar por el enarenado caminito, en dirección a un lugar que conocía harto bien.

Melphys estaba reclinada sobre un diván, en una postura junto a la melancólica orilla de la pileta, arrojando de vez en cuando piedrecitas al agua y distrayéndose con las ondulaciones que provocaban los pequeños proyectiles en la superficie líquida. No se dio cuenta de mi llegada.

Pero sí uno de sus guerreros, el cual, celoso de su cargo, intentó impedirme el paso de manera más desconsiderada que su compañero. Para llegar a Melphys tenía que rodear el estanque, y los dos nos hallábamos al borde de éste.

—Fuera de aquí —me dijo el guerrero, con voz baja, sibilante, sin duda para no molestar a su ama, y, para apoyar sus afirmaciones con la violencia, alargó ambos brazos.

Sonreí desdeñoso. Aunque mi brazo herido estaba ya en franca curación, no obstante aún era pronto para utilizarlo. Hube de aclimatarme, pues, a usar solamente el derecho.

El tipo voló casi por encima de mí, mediante una hábil llave que

lo precipitó de cabeza en las tranquilas aguas de la piscina. Al oír el rudo chapoteo, Melphys se incorporó, sobresaltada.

Sus ojos se dilataron por el asombro al reconocerme.

—¡Rivedo! —exclamó—. ¡Evans Rivedo! —repitió admirada.

Me incliné ceremoniosamente.

—El mismo, Majestad. El mismo… y no por tú voluntad, precisamente.

—Evans, deja que te explique…

Sin ninguna clase de consideraciones, me senté a su lado.

—No tienes que explicarme nada, Melphys; demasiado he visto este mediodía en el circo. De modo que «o mío o de la fría tumba», ¿eh?

Se retorció las manos con desespero.

—No puedo explicártelo ahora, Evans. No eran esas mis intenciones…

—¡Calla! —resoplé, echando fuera toda la cólera que me había poseído durante el día.

El guardia que había caído a la pileta se acercó, chorreante, y miró a su ama inquisitivamente.

—Majestad, este terrícola te está molestando. Déjame que…

—Vete, Ho Narr; yo me entenderé con él —dijo Melphys, con imperio.

El esbirro saludó profundamente, no sin hacer una mueca de asombro, y se esfumó. Nos quedamos solos.

Contemplé durante unos momentos a Melphys. Era evidente que la mujer estaba alterada psíquicamente; su esbelto seno subía y bajaba precipitadamente a impulsos de su agitada e irregular respiración.

—Oh, Evans, nada sería más gustoso para mí que poder explicarte…

—Te supuse bella y lo eres. Pero también te creí sincera, y aquí sí que me equivoqué lamentablemente. Me quieres a mí, y es lógico que no sea por mi tipo; no soy de los que se hacen ilusiones, Melphys. Hombres como yo, y aun de mejores condiciones, tanto físicas como morales, puedes encontrarlos a miles en tus reinos. Pero ¿por qué, sabiendo que eso que pretendes no puede ser, te empeñas tanto en tener algo imposible?

—¿Por qué yo, que gobierno un reino más extenso que

cualquiera de los de la Galaxia, no he de poder tener un biencéfalo, Evans? —me retrucó.

—Tú misma acabas de darte la respuesta: porque los biencéfalos sólo estamos al servicio de los jefes de Estado que pertenecen al Gran Reino.

—Entonces, ¿por qué me han invitado, Evans?

—No lo sé; no soy el jefe de protocolo, y en todo caso Armes te contestaría mucho mejor que yo, Melphys. Sin embargo, ten en cuenta una cosa: si persistes en tu actitud, puedes dar lugar a un conflicto estelar de pavorosas proporciones.

Una singular expresión apareció en su rostro al dar su respuesta.

—Eso —dijo, muy despacio—, es precisamente lo que estoy tratando de evitar.

Di un salto en el asiento.

—¿Cómo? Repítelo, Melphys; dudo de mis oídos.

Movió la cabeza con cierto aire de tristeza.

—Lo dije bien claro, Evans; no hay posibilidad de error.

—Eso quiere decir que alguien está conspirando contra la paz de la Galaxia, Melphys.

—Cierto… pero no sé todos los detalles de la conspiración. Oh, Evans, si vieras la falta que me estás haciendo…

—Lo siento, Melphys, pero no está en mi mano quebrantar las reglas. Ni mucho menos establecer otras nuevas. Además, ¿qué diablos tiene nuestro asunto que ver con esa conspiración de que me has hablado?

—Mucho, Evans, mucho más de lo que tú mismo puedes siquiera imaginarte. Entre tú y yo podríamos desbaratar…

—Antes tendría que tener pruebas de cuanto afirmas, Melphys.

—¡No puedo, Evans, no puedo dártelas! ¿Lo comprendes? Sólo viniendo tú a Magallania, la capital de mi reino, podríamos hacerlo y descubrir…

Solté una leve risita, todo lo insultante que pude.

—Ya volvemos de nuevo al mismo asunto, Melphys. Lo lamento, Belleza, pero no puede ser —y me puse en pie, dispuesto para dar por terminada la entrevista.

Ella me imitó.

—¿Te das cuenta de lo que ofrezco, Evans Rivedo? ¿Qué otro mortal que no fueras tú osaría despreciar nada menos que un

Imperio como el mío? Serás el Emperador Consorte de las Nubes Magallánicas y yo… y yo tu esposa… Ahora mismo, si lo deseas, podemos firmar las capitulaciones matrimoniales… Tienes dos cerebros, pero no piensas, Evans; cualquier día, alguno de los transmisores mentales puede morir y, habiendo uno, como tú, sin colocación, el jefe de Estado que lo emplea, te reclamará para su servicio, sin que nadie pueda hallar el menor subterfugio legal para oponerse a sus deseos. Hay un transmisor mental libre y éste eres tú, Evans. ¿Qué prefieres; ser mi esposo y Emperador, o estar, por ejemplo, a las órdenes de Donyuk, Gerente General de Perseo?

—Que yo sepa, Ferdy Miklos, el transmisor de Perseo está todavía de muy buen ver —dije, procurando echar a broma la cosa.

Ella dio con su lindo pie una impaciente patadita en el suelo.

—Era sólo un ejemplo, estúpido… —E inmediatamente se corrigió—. Oh, perdóname, Evans, no sé lo que me digo…

—Sí, Melphys, demasiado lo sabes y no puede ser.

De pronto me echó los brazos al cuello. Sentí el cálido contacto de aquel suave dogal. Sus labios se entreabrieron, incitantes.

—Evans —susurró—, ven conmigo; ven a Magallania… Tendrás honores, poder riqueza… Lo que quieras… Puede ser que yo no te guste y no te reprocho por ello…; pero podrás elegir por esposa a la doncella más noble de mi reino…

—Mi sangre no es azul, Melphys —dije, alzando las manos y asiendo con cuidado sus enjoyadas muñecas, Logré deshacer el abrazo.

—¿Qué importa ahora la sangre, Evans? Posees una cualidad que te hace ser infinitamente superior a todos nosotros y, además, te prometo solemnemente usar tus facultades durante un cortísimo espacio de tiempo. Una vez conseguidos mis propósitos —ya sabes cuáles son—, podrás irte o… quedarte… Nadie te hará, el menor reproche por ello…

De pronto se interrumpió. Miró por encima de mis espaldas. Dijo, con aparente incongruencia:

—Está amaneciendo, Evans.

—¿Amanecer? Pero ¡si no hace apenas cuatro horas que se pusieren los soles, Melphys…! —Y la miré con suspicacia, temiendo hubiera perdido la razón.

Pero, cuando giré sobre mis talones, me di cuenta de que hacia

el punto en que los ojos aterrorizados de Melphys estaban mirando, aparecía un débil resplandor que en modo alguno podía confundirse con el de cualquiera de las seis pálidas lunas de Alphea.

—¡Han empezado ya su ofensiva! —exclamó Melphys, y yo, aprovechándome de las circunstancias, salí de estampida de aquel lugar. Hasta que no estuve bien lejos del palacete, no pude respirar a gusto.

CAPÍTULO VI



penas me echó la vista encima, el Honorable bufó:

—¿Qué te ha dicho esa histérica?

Gunther me había dicho que me aguardaba con impaciencia y, sin llamar, me colé en sus habitaciones.

Me apoderé sin escrúpulo alguno de la botella que había sobre una mesita y llené un vaso, cuyo contenido apuré de un trago. Luego, encendí un cigarrillo. Mientras tanto, el Honorable se había sentado en un sillón, muy erguido, cerca del borde, y disimulaba la impaciencia que lo consumía tabaleando con sus dedos sobre las rodillas prueba evidente de su nerviosismo.

—Dice —repuse, devolviendo el humo inhalado—, que hay una conspiración. Que alguien trata de perturbar la paz de la Galaxia.

—¿Quién, Evans?

Me encogí de hombros.

—No me lo dijo. Solamente… —Y le conté con todo detalle la

entrevista. Al terminar, el rostro de Larrabee estaba más sombrío que nunca.

—¡Ese Armes… ese Armes…! —repitió.

—¿Crees que puede ser Armes? —dije, no sin asombro.

Larrabee soltó un taco.

—¡…! No lo sé. Pero es taimado, astuto, avaricioso, y todo le parece poco. No me extrañaría que fuera él quien aspira a ser el dueño único de la Vía Láctea…

—La cosa costaría un poco más que simplemente decirlo, Frank.

—Ya lo sé. Pero Armes no es de los que se detienen por planeta más o planeta menos, con tal de satisfacer su ambición.

—Bueno, siempre nos queda el recurso de informar a Zendar —dije.

—Nuestro príncipe no hará nada sin hechos consumados; o ¿es que no lo conoces, Evans?

—Pero Melphys ha dicho que el jaleo ha empezado ya —refunfuñé.

—¿Te refieres a ese resplandor que se ve desde aquí? Dijo el Honorable, inquisitivamente. —¡Bah! Será una aurora boreal.

—¡Las auroras boreales sólo se dan en países con casquetes helados, y en todo Alphea no encontrarás más hielo que el de las frigoríficas!

Larrabee se encogió de hombros.

—¿Qué sabemos nosotros de las raras cualidades de las atmósferas y de los espacios, circundantes a estos planetas, Evans? Aparentemente son idénticos al nuestro; pero en el fondo sus diferencias son notabilísimas. Bueno… Por si acaso, mañana, trataré de ver a Zendar…

Me costó mucho dormirme. El brazo apenas si me molestaba, pero mi cabeza, en cambio, echaba humo. Intenté relacionar entre sí los incidentes ocurridos en los dos últimos días, sin que consiguiera sacar fruto de cuanto había visto y oído, y más que nunca lamenté mi condición de biencéfalo que me ponía en tales compromisos. Pero al fin logré dormirme y caí en un sueño, no reparador precisamente, sino agitado y lleno de pesadillas.

No sé cuánto tiempo llevaría durmiendo; seguramente muy poco, pero súbitamente, la imagen de Melphys apareció ante mis ojos.

Sin embargo, la Belleza no sonreía; por el contrario, tendía angustiosamente sus brazos hacia mí y vi claramente moverse sus labios.

No oí su voz, pero sí la percibí dentro de mi cerebro.

—¡Evans, corre, ven ayúdame! ¡Estoy en un gravísimo peligro!

Me senté en la cama, cubierto de sudor. Sacudí la cabeza, al mismo tiempo que encendía la luz. Al consultar mi reloj, observé que, en hora terrestre, apenas si serían las tres de la madrugada.

Alargué la mano para encender un cigarrillo, mas apenas lo había hecho, todo mi cuerpo se envaró.

¡La llamada volvía a repetirse! ¡Melphys pedía socorro de nuevo!

Salté al suelo y metí la cabeza bajo el chorro de agua helada, para convencerme de que todo aquello no era una pesadilla. Pero las demandas de Melphys continuaban sonando con toda claridad en mi cerebro.

Ya no lo dudé más. Algo le estaba ocurriendo a la Emperatriz de las Nubes Magallánicas, Me vestí en cuatro zarpazos y luego me eché al bolsillo la Magnum 300, con una buena provisión de cartuchos. El bajar las escaleras, desdeñando el ascensor, fue cosa solamente de segundos.

Debido a las continuas fiestas que había en Alphea, como consecuencia de los Juegos Estelares, el tránsito era todavía bastante frecuente. No tardé en zambullirme dentro de un monorrueda, que salió a escape apenas convencí al conductor agitando un billete de cien «garants» debajo de sus narices.

El coche, aprovechándose de las circunstancias de estar muy disminuido el tránsito, ganó terreno con increíble velocidad. El palacete donde se alojaba Melphys se nos ofreció a la vista enseguida.

Casi en el mismo momento en que llegábamos a la enrejada puerta, vimos parados allí dos monorruedas provistos de reactores elevadores. Un numeroso grupo de hombres armados hasta los dientes, pero cuyo color amarillo los delataba como pertenecientes a la constelación del Can Mayor, salían presurosamente hacia el exterior. En su centro llevaban a una persona que se resistía desesperadamente.

La cólera hirvió en mi pecho. Me tiré del monorrueda al suelo antes de que éste se detuviera. Y en mi mano estaba ya la pistola,

cuya boca se incendió con un sonoro rugido. Uno de los raptores chilló, al mismo tiempo que era arrojado hacia atrás por la potencia del proyectil.

Mi repentino ataque los desconcertó momentáneamente. Melphys, pues era ella la que era secuestrada, me vio y gritó:

—¡Evans, Evans, corre, ayúdame! ¡Por la Paz de la Galaxia, recuerda!

¡Maldita paz! A juzgar por lo que estaba viendo desde mi llegada a Alphea, aquella palabra era solamente tres letras huecas de todo sentido. Nadie parecía conocer su significado y todo el mundo, por lo que parecía, ansiaba cargarse al vecino.

Salté con justeza. De no haberlo hecho, un proyectil desintegrante me habría convertido en humo. El disparo alcanzó al taxi, y su depósito de la cámara de energía se inflamó con sonoro chispazo lívido, blanquecino, que durante unos segundos nos cegó a todos.

Aquello me desconcertó. Dos de los esbirros de Roheb, aprovechándose, cogieron a Melphys y la metieron a la fuerza en su monorrueda, arrancando de modo fulmíneo. Pusieron, a los pocos metros, los reactores en funcionamiento, y las toberas bramaron, arrojando chorros de gases al rojo vivo, en tanto que el vehículo ganaba altura rapidísimamente.

Los restantes esbirros trataron de proteger la fuga y rapto consiguientes. Disparé velozmente, convirtiendo mi Magnum en un pequeño monstruo llameante, que escupió la muerte por su boca ardiente, hasta que un leve ¡click! Me indicó que el percursor había golpeado en vano.

Me tiré entonces de los pelos con desesperación. Los puntitos rojos que eran los escapes del reactor donde iba Melphys disminuían rápidamente de tamaño. Era cierto que allí, al alcance de mi mano, tenía yo un vehículo similar, con el cual podía perseguir a los raptores de la Belleza, pero también era igualmente cierto que mis habilidades no alcanzaban al manejo de aquel artefacto.

A la pálida luz de las lunas de Alphea, aumentada un poco con aquel misterioso resplandor que tanto había preocupado a Melphys, pude ver que el interior del palacete estaba convertido en un verdadero campo de batalla.

—¡Cuernos! ¡Vaya una carnicería!

No era yo el que había soltado la exclamación, por lo que me volví en redondo, levantando la pistola que aún no había recargado. Pero detuve mis impulsos al reconocer al conductor del taxi destruido por el disparo radiante.

—¡Caramba! —exclamé—. Te creía muerto, amigo.

El conductor suspiró, pasándose el brazo por la frente.

—En bien poco estuvo que no lo fuera, Rivedo…

—¿Cómo? ¿Me conoces?

El taxista estelar sonrió.

—¿Y quién no, amigo? Después de tu hazaña de ayer tarde en el Circo, te has convertido en el hombre más popular de la Galaxia. Tu imagen ha sido televisada ampliamente…

Interrumpí los elogios del conductor.

—¿Tú podrías hacerme un favor, amigo?

—A ti no hay nadie que te niegue nada, Rivedo. Pídeme lo que quieras; te juro por mi nombre, Shia La, que…

—¡Es suficiente! ¿Sabes conducir tú un monorrueda con reactores elevadores?

Shia La chasqueó los dedos.

—A ciegas —dijo, fanfarroneando, y al momento perdió el equilibrio, porque yo ya tiraba de él hasta el vehículo. Nos apretujamos las correas de seguridad, en el momento en que las sirenas policiales de Armes dejaban oír su lúgubre lamento, acercándose al lugar de la batalla a toda velocidad. Era evidente, aun para el más profano, que los guardas personales de Melphys habían sucumbido todos en defensa de su ama, y también era evidente que los rohebianos no se habían ido de vacío. Juzgando por lo que yo había visto, solamente dos o tres habían conseguido salir con vida.

La brusca arrancada del coche me pegó el estómago a las costillas. Cuando recobré el aliento, dije:

—Shia La, en nombre de Melphys te prometo indemnizarte…

El conductor soltó una carcajada, agitando la mano.

—¡Quiá! Nada de eso, Rivedo; solamente con la fama que me dará esta acción, tendré más que suficiente. Aun sin proponérmelo, me haré rico. En todo caso, quien tiene que dar las gracias soy yo, de modo que no se hable más.

—¿Crees que podremos darles alcance? —inquirí.

Shia La frunció el ceño.

—Espero que sí. Tendré que emplear algunos trucos, y cuando hayamos terminado, si antes no ha terminado el aparato, habrá que echarlo a la basura, pero apuesto un «garant» contra un mes en las refinerías de uranio, a que los pescamos. Amigo, ¡no quisiera encontrarme en el pellejo de los rohebianos cuando los tengas a tiro de tu pistola!

Sonreí de mala gana y, para distraerme un tanto, eché un vistazo al detector. El puntito rojizo que era en la pantalla el aparato en donde Melphys viajaba, en contra de su voluntad, aparecía continuamente igual, sin variación alguna en su tamaño. Pero muy pronto empecé a darme cuenta de que Shia La sabía cómo era manejable un artefacto de aquéllos.

El aire desplazado por nuestra velocísima marcha se transformó de un rugido en un silbido agudísimo.

Volábamos a gran altura, no sólo para evitar la resistencia de la atmósfera, sino para caer sobre los raptores en el momento en que los avistáramos desde una altura superior, siguiendo así una vieja regla en los combates aéreos.

Durante unos momentos las distancias se mantuvieron equidistantes. Después, la aguja indicadora de presión en las toberas se acercó peligrosamente a la línea roja de la esfera. Unos momentos osciló a ambos lados, y al fin se estabilizó a cinco puntos del máximo.

—No me atrevo a darle más —dijo Shia La, con la boca seca—; en cualquier momento podemos hacer ¡pum! Y… —Chasqueó los dedos significativamente.

Pero ganábamos terreno, que era lo interesante. Ahora era ya visible a simple vista el reactor, y no me cupo la menor duda de que en contados minutos estaríamos a su alcance.

—Sube todo lo que puedas, Shia La —exclamé, y el conductor, con los labios apretados, asintió. La aguja ganó un punto más. Vi en la frente de mi incidental compañero numerosas gotitas de sudor. Luego me di cuenta de que a mí me ocurría lo mismo.

Pero entonces no pensaba sino en rescatar Melphys. Fuera quien fuera el autor, moral, desde luego, del rapto, era indudable que su situación debía distar mucho de ser halagüeña, para lanzarse a

cometer un acto tan desesperado. Y lo mejor que le podía ocurrir era que le saliera mal; en caso contrario, el Imperio de las Nubes Magallánicas se lanzaría en peso a la guerra, la cosa se complicaría y…

Algo me sacó de mis poco agradables pensamientos. Una raya de luz, verdosa, encaminose en línea recta hacia nuestro aparato. Disparaban contra nosotros.

En el último instante, Shia La desvió el reactor, y el proyectil se perdió en el vacío. Dos disparos más corrieron la misma suerte, pero estaban en desventaja con respecto a nosotros. El aparato ganó aún más altura y luego, rugiendo por sus dos toberas, se lanzó hacia abajo, en mortífero picado.

Hice deslizarse uno de los paneles transparentes, y al instante el bramido del viento penetró en la cabina. Una mano surgió, armada, a cortísima distancia de nosotros, y de un solo disparo la hice desaparecer, dejando en su lugar un sangriento muñón.

El reactor en que viajaba Melphys dio un brusco salto. Era evidente que el hombre herido se agitaba epilépticamente en su interior, a impulsos del brutal dolor que, sin duda alguna, debía sentir. De pronto ocurrió algo horrible.

La puerta del otro aparato se abrió bruscamente y una persona saltó violentamente fuera. Durante una décima de segundo, la espantosa visión de un rostro deformado por el horror, con la boca abierta, emitiendo un alarido que nadie podía oír, quedó grabada en mi retina.

—¡Échate encima de ellos, Shia La! —grité, y el conductor, obediente, viró en un palmo de terreno, haciendo lo que yo le decía. Los dos aparatos reactores se aparejaron.

Una cara apareció en la ventanilla frontera. La hice desaparecer de un balazo. El hombre cayó hacia atrás y el artefacto se tambaleó.

La cara de Melphys apareció un segundo, clamando algo que no podía oír. Pero casi instantáneamente desapareció cuando una mano, surgiendo de repente, la agarró sin contemplaciones por el cuello, echándola hacia atrás.

La cólera hirvió en mi pecho. Furioso, despreciando el posible riesgo de herir a Melphys, disparé contra el reactor, procurando destrozar el cuadro de mandos. La poca distancia que nos separaba, me permitió hacerlo con toda facilidad, puesto que el único

rohebiano que quedaba debía atender simultáneamente al gobierno del artefacto y a la custodia de Melphys, quien, comprendiendo lo que ocurría, no se estaba quieta ni un momento.

Mi argucia dio resultado. Falto de gobierno, el aparato comenzó a desplomarse. Di instrucciones a Shia La y éste hizo caer el nuestro como un halcón sobre su presa, dando el máximo de velocidad a los reactores.

Nos aproximamos al aparato que caía, colocándonos a su altura. La empresa era arriesgadísima, pero no cabía otro recurso. El alarmadísimo rostro del rohebiano apareció en la ventanilla, lleno de temor y angustia.

Abrió la portezuela, luchando duramente contra la resistencia del aire, y trató de saltar hacia nosotros. Sus manos resbalaron en la pulida superficie del reactor y, con un horripilante grito de agonía, se hundió hacia la tierra con infinita lentitud, pero con no menos seguridad. Digo lentitud, porque nosotros, a la fuerza, habíamos de descender a la misma velocidad con que lo hacía el desmantelado aparato de Roheb.

—¡Aguanta, Shia La! ¡Ahora o nunca! —dije, y el conductor, hábilmente situó, en medio del rugido del viento desplazado, los dos aparatos a la mínima distancia permitida.

Alargué la mano, pero un brusco embate del aire alejó a Melphys de mí. Solté un reniego.

Vi el rostro de Melphys pálido, pero resuelto. Me sonrió levemente, en tanto que las puntas de nuestros dedos entraban en contacto. Me estiré un poco más y, al fin, con un suspiro de alivio, así su muñeca.

Melphys saltó del aparato que caía, en tanto que Shia La detenía el descenso del nuestro. Durante unos agónicos instantes, Melphys se balanceó alarmantemente en el vacío, en tanto que yo procuraba hacer inauditos esfuerzos por meterla en la cabina. Pero con la ayuda de Shia La lo pude conseguir.

Y entonces, paradójicamente, el único que perdió el conocimiento fue yo.

Cuando me desperté, lo primero que sentí fueron las palmas de las manos de Melphys sacudiéndome las mejillas. Vi su adorable rostro, recobrados ya sus naturales colores, inclinado sobre el mío, sonriéndome como solo ella sabía hacerlo. Aún se le notaban las

señales de la lucha: sus ebúrneos hombros estaban al descubierto, roto el vestido, y en sus faldas también había unos buenos desgarrones.

Una voz de hombre se dejó oír:

—¿Está ya bueno, Majestad?

—Sí, gracias, Shia La. Tu ayuda ha sido inapreciable y puedo asegurarte que, desde este momento quedas bajo mi protección. No solamente me has salvado la vida a mí sino que también… también…

Me senté en el suelo.

—¡Soy un estúpido! —Me insulté, rojo de vergüenza—. Desmayarme como una damisela… ¿A quién se le ocurre?

Melphys se echó a reír, y la encontré más adorable y encantadora que nunca, a pesar de su desaliño. No obstante, había encontrado la manera de sujetarse los áureos cabellos con una cinta, lo cual aumentaba, si era posible, sus indudables atractivos.

De pronto me di cuenta de una cosa. Ya era de día y los soles fulgían en el cielo de Alphea.

—¡Diablos! ¡He debido estar mucho rato desmayado!

—No, Evans; en realidad, lo que te ocurrió es que, del desmayo, pasaste al sueño sin darte cuenta. Me apercibí de ello y pensé que lo mejor sería dejarte descansar.

—¡Canastos! Oye, Mel… perdón —dije, dándome cuenta de que teníamos un testigo y que debía darle el correspondiente tratamiento—. Majestad, nos estarán echando de menos en los Juegos, sobre todo a ti.

Ella denegó, moviendo la cabeza.

—Me temo que no, Evans —replicó—. A estas horas tienen otra ocupación mucho más interesante que divertirse presenciando unos cuantos combates.

—No te entiendo —dije, extrañado.

El hermoso rostro de Melphys adquirió, de pronto, una expresión de suprema gravedad.

—Lo entenderás, Evans, cuando sepas que el sol Beta de Cefeo ha sido novado.

CAPÍTULO VII



e llama estrella nova o nueva, a la que aparece repentinamente en el cielo, de un modo brusco, y que por el gran brillo que alcanza, es fácilmente perceptible a simple vista. (Hablo como si estuviéramos en la Tierra, por supuesto) prácticamente, es un estallido de la estrella, de proporciones cósmicas, aterradoras y que, como es lógico, arrasa todo cuanto se encuentra en sus inmediaciones, considerando como «inmediaciones» algunos centenares de millones de kilómetros. (Uno de los fines previstos para la Tierra es la conversión del Sol en una nova y, por lo tanto, la completa destrucción de todo nuestro sistema planetario).

Las estrellas recogen su energía —luz y calor— de las transformaciones nucleares de su interior. Sólo dos tipos de transformaciones nucleares pueden proporcionar la energía necesaria, y ambas llevan consigo la conversión del hidrógeno en helio. La primera transformación es directa: dos átomos de

hidrógeno y dos neutrones, combinados, forman un núcleo de helio. La segunda fase es indirecta, pero con más complicaciones, puesto que en ella toman parte el carbono, y, desde luego, acaba produciendo helio. Cuando esto ocurre, una nueva luminaria aparece en el espacio y… seguramente entonces, un sistema planetario, con miles de millones de seres, humanos o no, queda destruido por completo.

Hasta ahora, que yo sepa, siempre se han producido las novas por causas naturales. Pero jamás, como acababa de decirme Melphys, se había originado una estrella nueva por medios artificiales, ya que tal cosa, y nada menos, querían decir sus palabras.

Me puse en pie de un salto, olvidado momentáneamente de todos mis males físicos. La miré de un modo singular.

—No —me sonrió dulcemente, agitando sus rubios cabellos de un modo particularmente fascinador—; no, Evans, no estoy loca, si es eso lo que tú estás pensando. El sol Beta de Cefeo ha sido novado, y dentro de muy poco el estallido alcanzará Alphea, devorando el planeta como si fuera un simple grano de arena.

—¡Pero eso es fantástico, irrealizable! —exclamé, aturdido todavía.

Shia La, a nuestro lado, nos escuchaba como si la conversación que sostuviéramos procediera de dos seres de otra Galaxia.

—Es imposible, para un ser humano, novar una estrella…

—Es duro de aceptar, Evans —dijo ella—; pero te lo voy a demostrar. Ven.

Me llevó junto al monorrueda, allí estacionado, en medio del campo. Metió la mano en su interior y sacó un largo trozo de cristal ahumado, cosa que había conseguido por el sencillo procedimiento de usar un fósforo, y en cuya parte negra se veían dos rayitas blancas, trazadas, sin duda, con un objeto puntiagudo, probablemente una astilla del mismo vidrio. Observé que faltaba una ventanilla del vehículo.

—Ya hace días que ando tras la sospecha de que alguien quiere lanzar a la Galaxia a la guerra civil interestelar y ahora me parece que la cosa ya no tiene remedio. Anoche, cuando viniste a verme a mi palacete, al concluir nuestra conversación, te dije, señalando un débil resplandor que se veía y que en modo alguno podía

confundirse con el de las lunas de Alphea, que ya habían comenzado su ofensiva, ¿no?

—Así es —asentí con cautela—. También a mí me extrañó el hecho. ¡Diablos!, Larrabee dijo que se trataba de una aurora boreal, y yo le repuse que las auroras boreales, por lo general, sólo se dan en planetas con casquete polar, difícilmente ocurre en mundos cálidos.

—En efecto, Evans; tus palabras no pudieron ser más sensatas. Ahora quiero que te fijes en una cosa. El sol Alfa de Cefeo es, visto desde aquí, levemente mayor que el Beta, ¿no? Es un detalle elemental, por otra parte.

—Sí —asentí, de mala gana.

—Pues bien, Evans; te voy a demostrar que el sol Beta ha sido novado por un procedimiento muy sencillo. Este cristal apoyará mis palabras, sin el menor género de dudas. Su campo abarca los dos soles. ¡Mira, mira a través de él!

Con pulso no muy seguro tomé el vidrio que me ofrecía Melphys. Lo alcé, interponiéndolo entre mi vista y los dos soles de Alphea, de modo que la rudimentaria escala graduada que ella había hecho, cogiera, entre sus dos bordes, el sol Alfa.

Después de comprobar que Alfa no había variado de tamaño, moví el cristal. Las rayas estaban trazadas, paralelamente, a todo lo largo del vidrio. Por lo tanto, al contemplar a Beta, tenía que sobrar un espacio, bien fuera arriba o bien abajo, de dichas líneas. ¡Y ahora, los bordes de Beta sobrepasaban, en varios milímetros, la graduación que había hecho Melphys!

Temblando de excitación, la devolví el cristal. Ella, sin más ceremonias, lo arrojó por encima de sus hombros. Shia La, que había oído todo el diálogo, se precipitó a comprobar, por su parte, cuando acababa de afirmar la Belleza. Soltó un escandaloso taco apenas lo hizo.

Miré a Melphys.

—¿Có… cómo diablos lo han, hecho? —balbucí aterrado. Las consecuencias de haber novado una estrella, eran fácilmente previsibles.

Melphys alzó sus lindos hombros.

—Tengo una hipótesis, Evans; y no puede ser otra. Estoy segura de que dispararon unos cuantos proyectiles cargados de átomos de

carbono para acelerar el proceso de conversión hidrógeno-helio, nucleares. El equilibrio queda afectado por la inbase, como sabes, de las antiguas bombas termofusión de una cantidad demasiado elevada de carbono, la radiación interna aumenta en cantidades fabulosas, con un desprendimiento de energía realmente incalculable, las capas externas ceden ante la terrible presión que se origina en el interior de la estrella y… ¿qué ocurre entonces?

—¡Bum! —dije solamente.

—Tú lo has dicho, Evans. Eso es lo que está Ocurriendo ahora en Beta. De momento, sólo ha habido una pequeña dilatación de su diámetro estelar…

—¡Una pequeña dilatación de su diámetro!

—Sí… algunos centenares o quizá millones de kilómetros; lo suficiente, empero, para que sea advertido a simple vista. Esta noche, por supuesto, el resplandor será todavía mayor, Evans. Mañana ya notaremos el aumento de la temperatura, aunque sea sólo de uno o dos grados. Pero antes de dos semanas, apenas si se podrá ya vivir en la superficie de Alphea. Y no llegará al mes sin que las primeras llamas empiecen a quemar la superficie de este planeta, uno de los más próximos a este doble sistema solar.

—El individuo que ha novado Beta —dije— tiene que ser, forzosamente, un genio.

—Un genio, por supuesto, pero un genio del mal, Evans. Ten en cuenta que Alfa, a pesar de estar más cerca de Alphea, es más pequeño que Beta, por lo cual sus diámetros aparentes resultan invertidos: mayor el primero que el segundo. Esto trae también consecuencias gravitatorias, que el constructor de los proyectiles cargados con átomos de carbono ha debido soslayar.

—Luego, entonces eligió a Beta por su tamaño.

Así es, porque estoy también segura de que no quiso novar a Alfa temiendo que el estallido de ésta fuera insuficiente. De la otra forma, Beta «contagiará» a Alfa y…

Me estremecí.

—Comprendo, Melphys. No sigas, por favor. ¡Diablos!, pero si me has resultado una científica de primera.

—Una Emperatriz de las Nubes Magallánicas tiene que estar enterada, de muchas cosas, Evans. Por eso te quería yo a ti, porque preveía lo que iba a ocurrir, aunque, desde luego, no tan pronto.

—Y, claro, ahora que ya ha ocurrido, ya no me necesitas para nada, ¿verdad?

Su hermoso rostro se coloreó, de encarnado; bajó los ojos y suspiró con fuerza.

—Ése —repuso—, es un tema que no debe ser tocado por ahora, Evans.

Me mordí los labios, comprendiendo que aquellas palabras habían ahogado, apenas nacido, mi incipiente brote de donjuanismo. Recordé entonces quién era yo y quién era ella, y me envaré. Dije:

—Majestad, creo que lo mejor que podemos hacer ahora es regresar a Alphea, ¿no?

Sus ojos relucieron a través de las largas pestañas que no podían, sin embargo, apagar el fulgor de sus pupilas. Susurró, imperceptiblemente:

—Sí, Evans; regresemos.

Ya con el aparato en pleno vuelo, sentado al lado de ella, en tanto que Shia La conducía canturreando entre dientes, dije:

—¿Puedo hacerte una pregunta, Majestad?

—Por supuesto, Evans. ¿De qué se trata?

—Te raptaron y, no me las quiero echar de héroe, pero si no es por mí, a estas horas estarías sabe Dios dónde. ¿Quién fue el que dio la orden de tu rapto?

—El mismo, con toda seguridad, que quiso hacer lo propio contigo, Evans.

—¡Rayos! Sí que es terco ese individuo. ¿Y por qué, Majestad?

Cuando Melphys lo mira a uno, no se puede estar a su lado. Un hormiguillo te recorre el cuerpo de arriba abajo y…

—Lo sabrás más adelante, Evans. Pero, por favor…

—Está bien —repuse, procurando ocultar el desencanto que sentía. Añadí—: Cuando menos, me gustaría saber… Oye, tú no me llamaste… al menos por procedimientos mecánicos. Y yo sentí claramente tu voz dentro de mi cerebro. ¿Cómo diablos…?

Sonrió:

—Es que deseaba que vinieras en socorro mío y procuré pensarlo; eso fue todo, Evans. Y hay que dar gracias a que la resistencia de mis guardias duró bastante; de lo contrario, no hubieras llegado a tiempo.

—¡Hum! A eso que acabas de decir, yo lo llamo telepatía, Majestad.

—Pudiera ser, pudiera ser —contestó ella con una sonrisa indefinible.

Cuando llegamos a su palacete, todo estaba ya como si no hubiera ocurrido nada. Pero había un enorme grupo de gente, todos ellos soldados de Armes, custodiando el edificio, y su jefe, al vernos, hizo que le fueran rendidos los honores correspondientes.

Nos llevamos una sorpresa mayúscula al ver al propio Armes salir a recibirnos. El aquilino rostro de Armes estaba lleno de una visible preocupación y apenas sonrió al saludarla.

—Me siento infinitamente dichoso al ver que no has…

Melphys cortó en seco el chorro de frases galantes que Armes se disponía a soltar.

—Aquí no, Armes, por favor —dijo Melphys—. Adentro, a solas.

Al oírla me quedé quieto, pero cuando ya iban a penetrar los dos en el edificio, Melphys se volvió.

—Tú también, Evans. Es muy probable que te necesite.

Armes frunció el ceño apenas los tres nos hubimos aislado del resto de los alfeos.

—Es un terrestre —refunfuñó, mesándose la negrísima barba—, y no noble, por añadidura. ¿Qué diablos tiene él que hacer en una conversación privada entre dos jefes de Estado, Majestad?

—Escucharla, ¿no te parece, Armes? —contestó ella, con deliciosa ironía. Armes torció el gesto, pero no pasó de ahí.

—¿Y bien? —dijo.

Melphys le soltó la bomba sin andarse con rodeos. Los perdigones que eran los ojos de Armes giraron alocadamente dentro de sus órbitas, a impulsos del asombro causado en su ánimo por la inesperada revelación.

—¿Beta… novado, Melphys? ¿Es… estás segura de lo que dices?

—No necesito repetirlo por segunda vez. Sólo sé que la cosa ya no tiene remedio y que tu sistema quedará totalmente destruido. Tus amigos guerrearán con tus enemigos y el incendio se extenderá a toda la Galaxia… porque, además, al ambicioso individuo que no ha vacilado en novar un sol, hará lo mismo con otros hasta que…

—¿Qué? —Casi gritó Armes.

—Hasta que toda la Galaxia se le rinda incondicionalmente y se

someta a sus dictados.

—Una especie de supergobernador, ¿no?

—Exacto. En el fondo, y siempre que no haya efusión de sangre, la cosa no está mal pensada. Sea quien sea el que nos mande, inevitablemente hemos de unirnos todos para formar una Galaxia de orden superior, una Metagalaxia, para que lo entendáis ambos. Fuera de nuestro sistema estelar, hay miles, millones de nebulosas como la nuestra y aún mayores, todas ellas habitadas. Aparentemente, ahora estamos unidos, pero harto sabes, Armes, que no es la unión nuestra virtud, precisamente. Demasiadas rencillas y demasiadas cosas nimias que hacen que cada uno se sienta un rey dentro de su sistema planetario. Y tenemos que estar prevenidos para rechazar, un día, cualquier ataque que pueda venirnos de algún cúmulo extragaláctico.

—Eso es una política estelar de altos vuelos, Melphys. —Dijo Armes, acariciándose la barba—. Pero esto costaría mucho y…

—Con Beta novado, no hay mucho tiempo para andar pensándose las cosas, Armes. La mayoría de los jefes de Estado, estamos reunidos aquí con motivo de los Juegos Galácticos…

—Pero las Nubes Magallánicas no pertenecen a la Vía Láctea —objetó Armes.

—Geográficamente puede que no —repuso ella—; pero siempre sus gobernantes estuvieron a vuestro lado en cualquier conflicto. Y yo no voy a ser la excepción, Armes.

—¿Quién me dice que todo esto no es una argucia para hacerte tú la Reina de esa Metagalaxia que has mencionado? —dijo de pronto, muy abruptamente el Altísimo Duque de Alphea.

Sorprendido por tal insulto, Melphys se sonrojó con violencia, al mismo tiempo que daba un paso atrás.

—¡Insolente! —exclamó por fin.

Pero Armes continuó, impávido.

—Sí, Melphys, ¿quién me asegura lo contrario? ¿Quién me dice que no has sido tú misma la que has mandado novar a Beta para así…?

Esta vez, Melphys no pudo contenerse. Alzó su mano y la estrelló con dureza contra la atezada mejilla de Armes. El golpe fue bueno, por supuesto, y el fulano retrocedió dos o tres pasos, trastabillando.

Rojo de cólera, Armes perdió los estribos, al mismo tiempo que maldecía en abundancia. Un astropiloto, qué son los que tienen fama de hablar peor, se habría sonrojado como una colegiala a oír los dicterios y palabrotas que soltaba el enfurecido Armes. Se lanzó sobre ella, asiéndola de las muñecas.

—¡Te voy a…! —dijo, pero para entonces, yo ya me había recuperado de la estupefacción.

Salté hacia él y, usando mi brazo izquierdo, lo aparté de un tirón de Melphys. Luego conecté el otro puño contra el mentón de Armes y lo aplasté contra la pared frontera.

Melphys corrió hacia mí. Me tomó por ambas manos.

—¡Evans, Evans! —me dijo de una manera suplicante—: ¿Por qué has hecho esto?

—¿Iba a consentir que te golpeara? —dije, aún furioso, pero íntimamente halagado por el interés que ella demostraba hacia mí —. En mi planeta, un hombre que golpea a una mujer, es un…

Me tapó la boca con sus cinco sonrosados deditos. Sus ojos reían al interrumpirme.

—Lo sé, Evans, lo sé. Pero, ahora, ¿qué podemos hacer?

—¿Eres tú, la poderosa Melphys, la que me pides consejo? La decisión es tuya. Majestad; de ello no cabe la menor duda.

—Oh, Evans, Evans… ¿por qué no querrás entrar a mi servicio? ¿La guerra es ya inevitable y…?

—Me debo a mi planeta, Melphys —contesté sangrando interiormente. Mi vida habría dado en aquellos momentos por ella.

—Puedo indemnizar a tu gobierno en la forma que prefiera. Los cubriría de oro, no solamente a ellos, sino a todos los habitantes de tu planeta. Yo…

Entonces se despertó Armes. Se frotó el maltratado mentón y me miró de lado, aviesamente.

—Esto no va a quedar así, terrestre —dijo.

Reí, insolente.

—Seguro. Se hinchará, ya lo verás. Altísimo Duque.

Melphys dio un paso hacia adelante.

—Armes, recuerda que Rivedo está ahora en mi casa y que no puedes adoptar ninguna medida contra él en tanto no salga de ella.

—Oh, sí, por supuesto —contestó el aludido, burlonamente—. Pero si Beta está novado, ¿va a permanecer aquí toda la vida?

Apreté los puños y di un paso hacia Armes. Éste retrocedió, temeroso, al mismo tiempo que Melphys me tomaba del brazo izquierdo. Me dolió la herida, pero procuré disimularlo.

—¡Largo! —dije—. ¡Largo de aquí!

—¡Espera! —exclamó Melphys—. Armes, una de las cosas que puedes hacer, es convocar a una reunión urgente de jefes de Estado. Tal como está la cosa, la decisión ha de tomarse conjuntamente, no de modo individual.

Armes refunfuñó algo, que me pareció una afirmación y salió, dejándonos solos. Melphys me miró, riendo, y me pareció que se sentía muy dichosa.

De pronto se dio cuenta de que no se había cambiado de ropa.

—Oh —exclamó—; estoy que parezco una pordiosera. ¿Me aguardarás unos minutos?

Me puse en comunicación con Larrabee, quien, suspirando de alivio al darse cuenta de que ya había aparecido, soltó varios de sus característicos reniegos. Quedé en visitarle un poco más tarde, diciendo que tenía importantes novedades que comunicarle, y luego aguardé a Melphys. ¡Por nada del mundo, ni aun por Beta novado, me hubiera movido de allí, habiéndomelo pedido ella!

Los servidores muertos habían sido sustituidos por otros, y éstos nos prepararon una sustanciosa comida, cosa que nos estaba haciendo bastante falta. Pero, apenas estábamos llegando a los postres, sentimos a lo lejos un sordo rumor, que tenía mucho de siniestro.

En un principio nos costó averiguar qué era lo que causaba semejante escándalo. Pero uno de los guerreros de Melphys no tardó en venir con novedades, y nada agradables, precisamente.

La noticia de que Beta estaba a punto de consumir el sistema de Alphea, se había extendido y la gente enloquecía, tratando de huir de tan horrorosa suerte.

CAPÍTULO VIII


urante unos momentos, Melphys y yo permanecimos como petrificados, sin saber qué hacer. Un lejano rumor llegó hasta nosotros, como el bramido de miles de olas golpeando a la vez contra las rocas de un acantilado, continuo, sin interrupción alguna en su zumbido.

Empezaron a verse en el cielo de Alphea algunos trazos de fuego. Los más avispados habían conseguido alguna espacionave y no aguardaban ya a más: huían, sin rebozo ni recato algunos.

Cogí la mano de Melphys.

—¿Vamos? —exclamé—. Es preciso hacer algo.

—Sí, pero ¿qué, Evans?

—Largarnos de este mundo, naturalmente.

—Tendré que llamar al jefe de mis astrogadores…

—¡No! Sería una pérdida de tiempo demasiado preciosa. Dirijámonos directamente al astropuerto. Allí están tus naves, ¿no?

—Espero que sí, Evans. ¡Vamos, pues!

Pero antes de echar a andar, Melphys llamó a sus servidores. El más absoluto silencio fue la única respuesta que recibió. Me miró, consternada, comprendiendo la verdad.

—¡Se han marchado!

—¿Qué esperabas que hicieran? —dije de mal talante.

—¡Eran mis servidores! —contestó ella con altivez—. ¡Sin una orden mía, no tenían por qué haberse movido de aquí!

—Querida Melphys —la dije, con toda la flema que me era posible en tan críticos momentos—, cuando pasa una cosa de éstas, la lealtad, fidelidad, devoción y demás zarandajas, no son otra cosa que pensamientos vanos, sin el menor fondo, y como sea verdad lo que me estoy temiendo… ¡Vamos de una vez!

Echamos a correr, cogidos de la mano, atravesando el jardín delantero del palacio. No se veía ni un alma allí… pero sí fuera, en la autopista, donde miles de vehículos iban y venían de un modo alocado, en la penumbra del crepúsculo, buscando, como nosotros, la forma de escapar a una suerte poco agradable.

Miré con desesperación en torno mío.

—El astropuerto está demasiado lejos y no podremos llegar a pie —dije.

Agité la mano, haciendo señales a alguno de los monorruedas que corrían por la autopista, pero ninguno se detuvo. Dos o tres chocaron de pronto, con repentinos estallidos, convirtiéndose en informes montones de chatarra. Algún herido salió arrastrándose de entre los restos, pero nadie se detuvo a auxiliarle. Era evidente que el pánico cundía entre la población de Alphea. Continuamente se veían en el cielo los trazos anaranjados de las espacionaves que se fugaban.

—¡Es inútil, Melphys! —exclamé con desesperación—. No podremos huir…

—¡Aguarda un momento! —dijo, animado su rostro de una súbita resolución—. ¡Qué tonta he sido! Pensar que…

Dio media repentina vuelta y corrió hacia el palacio. Vacilé un momento, en tanto que, inútilmente, trataba de hacer detener algún monorrueda, incluso sacando algún billete de quinientos «garants» de mi bolsillo, pero nadie me prestó la menor atención. Intrigado por la acción de Melphys, me dije que sería conveniente ver lo que trataba de hacer.

Yo también corrí hacia la casa. Estaba a mitad de camino cuando, de improviso, oí un agudo grito. Era su voz, no me cupo la menor duda, y a juzgar por el tono, ella debía hallarse en algún grave peligro.

Redoblé la velocidad de mis zancadas. Melphys volvió a gritar. Su voz me sirvió de guía. Estaba en sus habitaciones particulares.

Sí, estaba allí, pero luchando a brazo partido con dos individuos, cuyo propósito era bien claro y definido. Mi pecho hirvió de cólera y, sin detenerme a pensarlo un momento más, desenfundé mi pistola.

En toda situación similar a la que en aquellos momentos atravesaba Alphea hay gentes que se aprovechan del pánico, saqueando y robando, sin importarles otra cosa que la satisfacción de sus apetitos de latrocinio. Melphys había llegado en el momento oportuno y, según luego me explicó, para tomar sus joyas y con ellas pagar un hipotético lugar en alguna astronave, pero se había topado con aquellos dos salteadores. Éstos, furiosos por haber sido descubiertos, trataban de deshacerse de Melphys.

—¡Quietos ahí! —exclamé, y los dos tipos, sorprendidos, se volvieron rápidamente.

Melphys logró desasirse y se retiró a un lado.

Durante unos momentos, aquellos dos bandidos y yo nos miramos, en un ambiente de extrema tensión. Uno de ellos, sin quitar sus ojos de los míos, retrocedió poco a poco y, de pronto, asiendo un pesado búcaro, me lo lanzó a la cabeza.

Me arrodillé en el instante justo en que el pesado proyectil pasaba por encima de mí. Mi índice movió el gatillo y la pared resultó desconchada…, después de que la pesada bala hubo atravesado al forajido. Éste, con el pecho destrozado, roncó agónicamente, y se dejó resbalar suavemente hasta el suelo.

El otro, cuando todavía vibraban en el aire los ecos de la detonación, se arrojó hacia mí, con las manos extendidas. Lo frené de otro disparo y allí se quedó, pateando convulsivamente en las ansias de la muerte, poniendo el suelo perdido de sangre. Pero esto ya no importaba.

—Toma —me dijo ella, poniendo en mis manos sus joyas, una sola de las cuales constituía, de por sí, una fortuna incalculable—. Creo que con esto podremos salir adelante.

Me las guardé como pude, pero, de repente, una rápida idea cruzó por mi mente.

—Oye, Melphys, estos tipos ¿cómo han venido hasta aquí?

—Pues… —Y de pronto, su rostro se iluminó.

Vi claramente que sus pensamientos coincidían con los míos.

Corrimos simultáneamente, hacia, la parte posterior del palacete. Tal como habíamos sospechado, allí, nuevo, reluciente, estaba el monorrueda en el cual habían llegado los saqueadores. Pero en su interior había manchas de sangre, lo que nos dijo con toda claridad el procedimiento que habían usado aquellos dos individuos para hacerse con el vehículo.

Sin embargo, aquellos momentos no eran los más indicados para hacer remilgos a algo que, por lo menos, era un principio de salvación. Sintiéndome extrañamente feliz, pasé mi mano por el talle de la joven.

Dejé que mis ojos se sumieran en la azul profundidad de les suyos.

—Melphys —murmuré—, no sé si saldremos de ésta, pero si lo conseguimos…

—¿Qué, Evans? —dijo ella, muy bajito.

No opuso la menor resistencia a que mi mano rodeara su esbeltísima cintura.

Sonreí durante un momento. Luego exclamé:

—¡Arriba; no hay tiempo que perder!

Desgraciadamente para nosotros, el monorrueda era del tipo terrestre, o sea, que no podíamos evadirnos del contacto con el suelo. Esto, a fin de cuentas, era lo de menos… si hubiera habido seguridad en el camino que conducía al astropuerto. Pero tan rápido había cundido el pánico entre los alfeos, que la autopista era una tragedia continua.

Por todas partes se acumulaban los vehículos rotos y destrozados, en el loco afán de sus ocupantes por huir. A medida que avanzábamos, veíamos a la luz de los proyectores que alumbraban nuestra ruta, montones de chatarra, y decenas y hasta centenares de cuerpos tendidos, atropellados, muertos en los innumerables accidentes que ocurrían a cada instante. El pánico era general y, por desgracia, ya irreprimible. Luego lo supimos, pero no había ya disciplina entre las fuerzas policiales que habrían podido

imponer el orden y sólo imperaba allí el primario instinto de la supervivencia.

Avanzamos con grandes dificultades. Lo milagroso era que continuaran funcionando las centrales productoras de energía; seguramente lo hacían de un modo automático, pero era evidente que en cuanto dejasen de funcionar, la catástrofe acabaría por completarse.

Por todas partes se veían ruinas y destrucción. Los que habían tenido la desgracia de quedarse sin medio de transporte, pero, en cambio, habían salido ilesos del accidente, alzaban sus brazos patéticamente, en vano intento de que alguien los recogiera. Fajos de billetes de alta denominación eran agitados infructuosamente, sin que nadie hiciera el menor caso a toda otra idea que no fuera la de salvar la vida propia. Y nosotros dos, fuerza es confesarlo, no constituíamos la excepción a la regla.

De pronto, un atasco en el tránsito hizo que aplicara los frenos a fondo, deteniendo el monorrueda. Las dos patas equilibradoras surgieron al instante y, alargando la cabeza, traté de hallar la causa de aquel tapón que obstruía por completo la carretera.

Agudísimos gritos de dolor llegaron repentinamente hasta nuestros oídos. Melphys palideció y yo, por la fuerza de la costumbre, examiné la carga de mi pistola. Apenas lo había hecho, sentí un frío sudor correrme por toda la espalda: sólo tenía cuatro cartuchos ya.

El tapón no daba señales de disolverse; por el contrario, a cada segundo que pasaba, aumentabais ya más y más sus proporciones. Las rayas de fuego que eran los colosales tubos de escape de las astronaves continuaban enrojeciendo el cielo de Alphea.

Súbitamente, un terrible golpe en nuestro vehículo nos zarandeó de una manera espantosa. Horribles alaridos de dolor se escucharon cuando algunos de los vehículos fueron literalmente aplastados por algo que en el primer momento no pude averiguar.

Asustada, Melphys se me aferró con todas sus fuerzas. Empujado fuera de la autopista, nuestro monorrueda cayó, dando botes, por un vecino terraplén, afortunadamente, de poca elevación. La espesa vegetación amortiguó considerablemente los golpes sufridos y no sin algunos oscuros reniegos, pude salir de allí, ayudando a Melphys a hacer lo mismo.

Trepamos por la herbosa pendiente y el espectáculo que vimos nos erizó el cabello. Un colosal vehículo de transporte de los hombres-planta, semejante a un gigantesco tanque de asalto, con enormes cadenas en su costado, rodaba, transportando en su interior centenares de hombres-árbol.

Melphys supo al instante de qué se trataba.

—¡Es el vehículo personal de Donyuk, Gerente General de Perseo! —exclamó.

—¡Caramba! —dije—. Pues si es él, como dices, a la fuerza tiene que ser amigo tuyo, ¿no?

—Me gustaría creerlo —dijo ella, sombríamente, y los dos tratamos de acercarnos al colosal tanque, cuyas cadenas seguían aplastando monorruedas y seres humanos como si fueran cáscaras de nuez. No corría mucho, pero su avance era irresistible, sin que nada ni nadie pudiera impedírselo.

Tratamos de abrirnos paso hacia el colosal carro de asalto, tan grande como una casa de dos pisos. Melphys agitó sus brazos y gritó con todas sus fuerzas, pero todo fue en vano; el tanque se alejó, abriéndose paso con siniestra y estremecedora sencillez, dejando tras sí un ancho rastro de muerte.

Durante unos momentos, nos quedamos los dos allí, paralizados, sin saber qué hacer. Fuera nuestro monorrueda de la autopista, era imposible volver a encarrilarlo en las ondas de energía. Nos habíamos quedado de nuevo a pie. Y todavía faltaban casi cincuenta larguísimos kilómetros hasta el astropuerto.

—¡Es inútil! —dijo Melphys, dejándose caer, abatida, en el herboso borde de la autopista—. Ya no podemos hacer otra cosa que aguardar el fin.

—¿Por qué? —exclamé—. ¿Por qué vamos a dejarnos matar aquí como dos corderos? Antes de una semana no se notarán los efectos del calor en Alphea y…

—¿Te das cuenta —me dijo, sonriendo con infinita dulzura— que no solamente antes de una semana, sino antes de unas horas, ya no quedará una espacionave en toda la superficie de Alphea?

Incliné la cabeza.

—Tienes razón —dije—, pero yo soy de los que no se convencen de las cosas, hasta que han llegado a su final. ¡Y nosotros estamos aún vivos, Melphys!

Sus manos se alargaron, acariciándome las mejillas. Yo también me había sentado a su lado, y el fresco contacto de aquellas manos hizo sentir en mí nuevas energías.

—¡Qué lástima! —exclamó Melphys, dolorida, pero sin perder la sonrisa—. ¡Y yo que había puesto tantas esperanzas en…!

—¿En qué? —dije, anheloso.

Movió la cabeza, denegando.

—Ya, ¿para qué? Todo es inútil, Evans; ya no hay remedio.

—Y tus hombres ¿qué hacen? ¿Dónde están que no vienen a buscarte? ¿Qué clase de guerreros tienes que abandonan a su Emperatriz en el peligro?

—Son hombres al fin y al cabo, y es lógico que traten de buscar su salvación en la huida, Evans. No se les puede reprochar por ello. En cuanto a ti, lo único que lamento es no vivir más; quisiera poderlo hacer durante un millón de años para así tener tiempo suficiente de agradecerte cuanto hiciste por mí.

Cogí una de sus manos y la besé apasionadamente.

—Con lo que acabas de decir tengo más que suficiente, Melphys; no quiero ni ambiciono otra recompensa. ¿A qué más puede aspirar un oscuro terrestre que al agradecimiento de una persona de sangre real, como tú, Emperatriz de unos dominios de incalculable extensión?

Melphys soltó una leve carcajada.

—Emperatriz sin Imperio y jefe de Estado sin un solo súbdito; eso es lo que yo soy en estos momentos.

—¡No! Por lo menos, tienes un súbdito: yo. A menos que…

—Gracias otra vez, Evans. ¡Qué buen Emperador Consorte hubieras hecho! Y cuánto habrían ganado mis reinos con un hombre como tú.

—Quizá los hubieras perdido todos —sonreí, tratando de echar la cosa a broma.

Permanecimos un largo rato en silencio, abstraídos de todo y de todos. Luego dije:

—De todas formas, no me gusta estar parado, pudiendo hacer algo, Melphys.

—¿Qué, Evans?

—Caminar. Si no es hoy, mañana llegaremos al astropuerto. En lo que a mí se refiere, ya he dicho que no me gusta morir sin lucha,

y menos teniéndote a mi lado. He de hacer todo lo posible por salvarte.

—¿Pero no ves que la salvación es imposible, Evans?

—Es imposible si nos quedamos aquí parados como estatuas —me puse en pie y la cogí por una de sus manos, obligándola a hacer lo mismo—. ¡Arriba, hasta que no me vea ardiendo no me daré por vencido!

Echamos a andar por el borde de la autopista, ahora ya sin tránsito, debido a la catástrofe provocada por los perseidos. Solamente se veía, de vez en cuando, algún monorrueda cuyo conductor huía como alma que lleva el diablo cuando advertía las señales que le hacían de detenerse. Ni las joyas de Melphys sirvieron de otra cosa que de acicate para quienes las vieron, frenéticamente agitadas en mis manos. El último vehículo que pasó me hizo perder los estribos: le arrojé diez o quince millones de «garants» en forma de trabajado collar de oro y pedrería, sin poderme contener.

El nuevo día llegó y con él un ligero aumento de la temperatura, muy perceptible, sin embargo. No nos fue difícil hallar un trozo de vidrio que ahumamos con un fósforo y comprobé que el diámetro de Beta había aumentado ostensiblemente. Con un mediano telescopio, provisto de su correspondiente coronógrafo, se habrían podido ver, sin dificultad alguna, las enormes llamas que despedía aquel astro, en su proceso de novación.

Dos días más tarde, rendidos, aspeados, hambrientos, llegábamos al astropuerto. Tal como Melphys había predicho, estaba desierto en absoluto, cuando menos de naves del espacio. No obstante, había un inmenso gentío que, mirando al cielo, escrutaba pacientemente la hipotética llegada de algún navío estelar que los salvara de la horrenda muerte que no iba a tardar mucho en producirse. El calor era ya bastante fuerte y durante el día los rayos de Beta quemaban tanto como, por ejemplo, los de nuestro Sol en los trópicos terrestres.

Manejando hábilmente las joyas de Melphys, derrochando millones literalmente, pude hacerme con algo de comida y bebida, con la que restauramos parcialmente nuestras fuerzas. Eran muy grandes las edificaciones del astropuerto y, aunque con alguna dificultad, conseguimos hallar un cobijo que nos resguardara

momentáneamente de los furiosos rayos de Beta.

Nos sentamos, exhaustos, y durante un buen rato, ninguno de los dos nos sentimos con ganas de hablar. Pero, de pronto, un colectivo rugido de la multitud, hizo que nos incorporásemos.

Un punto blanquecino se veía en el espacio. Una astronave se disponía a aterrizar y la multitud que aguardaba se encrespó, agitándose como las olas del mar embravecido.

El piloto aterrizó muy cerca del lugar en que nos hallamos. El gentío procuró dispersarse rápidamente, pero hubo muchos que no lo consiguieron, y las llamas que salían de las toberas abrasaron a centenares de infelices. Aquello, lógicamente, tenía que dejar un espacio libre y así ocurrió.

De la parte alta de la colosal nave se desgajó un fragmento. Una navecilla de reducido tamaño se desprendió, y empezó a revolotear por encima del astropuerto, muy lentamente, como si sus ocupantes estuvieran observando algo por medio de sus visores telescópicos. La muchedumbre, entre tanto, alzaba sus brazos suplicantemente, como rogando una salvación que yo estimaba, en aquellas condiciones, imposible.

La nave pequeña continuó su vuelo. Descendió hasta casi la altura de nuestras cabezas y en más de una ocasión se tambaleó, herida por los disparos radiantes de algún desesperado. Súbitamente, de un modo en absoluto inesperado, se detuvo frente a nosotros.

Una portezuela se abrió. Un hombre apareció en ella. En la mano tenía un lazo que volteó sobre su cabeza, ante la estupefacción general. Luego lo arrojó.

El lazo se enroscó en el talle de Melphys. Ésta gritó, pero fue elevada al instante, antes de que yo pudiera sujetarla. En un segundo fue trasladada al interior de la navecilla, cuya puerta se cerró con la suficiente oportunidad para rechazar unos cuantos disparos desintegrantes. Luego se elevó rugiendo, hasta acoplarse a la astronave, la cual se elevó pocos momentos después, con un trueno ensordecedor.

Y fue entonces cuando me di cuenta de lo que me había ocurrido.

¡Estaba solo, completamente solo! Con una soledad y un aislamiento infinitos, a pesar de hallarme rodeado por unos cuantos

centenares de miles de personas.

No lo pude resistir, y me arrojé de bruces al suelo.

CAPÍTULO IX



lo lejos se veía ya el humo de numerosos incendios, provocados de un modo espontáneo. La temperatura era tórrida, realmente insoportable, y a tal punto había llegado ya el calor, que me había tenido que despojar de toda clase de prendas de ropa, excepto un mínimo de ellas por decencia.

La mayoría de los alfeos, desalentados, habían abandonado ya el astropuerto. Muy pocos, dos días más tarde, quedábamos allí todavía, y todos, sin excepción, acogidos a la sombra de los grandes edificios, en donde el calor era ligeramente más soportable. Pero dentro de cuarenta y ocho horas más, o quizá, con un poco de suerte setenta y dos, todo habría acabado ya.

He dicho que quedábamos muy pocos, y al decirlo me refiero a los que todavía vivíamos. Porque el lugar estaba sembrado de cadáveres, de las personas que, más débiles, no habían podido resistir el ardor de los rayos del sol novado, y habían muerto simplemente de calor. Como yo, y otros cuantos más, habíamos

logrado sobrevivir, era un misterio que no podíamos, ni, por supuesto, intentábamos explicarnos.

A simple vista, es decir, a través de un cristal ahumado, se divisaba ya el notabilísimo aumento de Beta. El diámetro del sol que estaba estallando había sobrepasado en mucho sus habituales proporciones, hasta tal punto que eran fácilmente visibles las grandes llamaradas que se extendían a millones de kilómetros por encima de la superficie. Aquello, sin embargo, no era más que el principio del fin; todavía tenía que alcanzar proporciones colosalísimas; pero esto, desde luego, ya no lo veríamos nosotros.

Estaríamos allí una docena de seres procedentes de los puntos más remotos de la Galaxia: un terrestre, yo; varios exápodos de Hydra; un par de hombres-tigre de las Pléyades; un águila de Carina; dos hombres-coraza y hasta un planta de Perseo, éste en su inevitable monorrueda, dada su limitadísima facultad de locomoción por medios normales. Todos nosotros, como digo, una docena escasa, estábamos en el lugar más refrigerado —¡qué ironía! — del astropuerto, cuyo sistema de acondicionamiento de aire, detenidas las centrales de energía de Alphea, había cesado de funcionar.

En la Tierra, cuando un incendio devora el bosque, todos los animales que lo habitan huyen ante el arrollador avance de las llamas. Belicosos y pacíficos, todos se unen para escapar al peligro y así el tigre y el cordero caminan juntos, sin que al primero se le ocurra comerse al segundo, ni a éste huir de aquél. El peligro los hermana y los une.

Pues bien; a nosotros nos ocurría lo mismo. En circunstancias normales, lo más probable, habría sido que unos nos hubiéramos lanzado contra otros, máxime no teniendo jefes que contuvieran nuestros impulsos. Ahora, en cambio, ninguno de nosotros sentía el menor deseo, y yo menos que nadie, de lanzarse a una lucha mortífera de imprácticos resultados. Todos cuantos estábamos allí éramos de superior constitución física y por ello sobrevivíamos aún. Pero nuestro fin no estaba lejano.

La «noche» llegó, y con ella un relativo alivio de nuestras torturas. La claridad, sin embargo, era mucho mayor y nuestro radio visual alcanzaba grandes proporciones, dado el enorme radio de acción que alcanzaban los rayos de Beta. Las lunas de Alphea

parecían globos de sangre, rojizos, siniestros, prediciendo con su fantasmagórico aspecto el horrible y próximo fin que nos aguardaba.

Al ponerse Beta tras el horizonte, como dije, la temperatura disminuyó. Esto era solamente un relativo alivio. Las reacciones nucleares del interior de la estrella iban en constante aumento, siguiendo una progresión geométrica, y la mañana siguiente muy bien podría ser la última de nuestra vida. De una cosa estaba seguro y era de que la temperatura habría subido más dentro de unas nueve horas terrestres. (El día en Alphea era sensiblemente igual, salvo una ligera diferencia minutera, al de Tierra).

Ocultado Beta tras el horizonte, media hora más tarde, cuando la temperatura descendió un tanto, nos levantamos, tratando de salir de la postración en que habíamos caído. Ya hedían los cadáveres, debido a la rápida descomposición, pero ninguno nos preocupamos de ello. No habría tiempo para ninguna epidemia.

Sin hablar apenas, con la lengua hinchada, tumefacta, nos dedicamos a la inútil búsqueda de algo que pudiera refrescar nuestras abrasadas fauces. Tal era la sed que sentíamos que, por lo que a mí respecta, me estaba convirtiendo en un animal, y de ello dará una buena prueba el hecho de que apenas me hubiera acordado de Melphys.

Buscamos agua más por entretenernos que por otra cosa; harto sabíamos que todas las fuentes de suministro al astropuerto habían sido cortadas. De pronto, alguien exclamó:

—¡Mirad!

Era uno de los tigres humanos de las Pléyades. Su garra derecha, temblorosa, señalaba un punto luminoso en el espacio.

Todos volvimos instintivamente la cabeza en la dirección indicada. El punto luminoso, para desesperación nuestra, se apagó casi al instante.

Pero un segundo más tarde, dos chispazos más, violentísimos, se divisaron en el espacio, a una distancia que no podíamos calcular de momento. Fueron dos estallidos rápidos de luz, que desaparecieron en un santiamén, para ser sustituidos por cuatro o cinco más, totalmente análogos.

El cielo se convirtió muy pronto en un espacio lleno de luces que se encendían y se apagaban rapidísimamente, como si alguien se

entretuviera en organizar unos fuegos artificiales de colosales proporciones. El chisporroteo era continuo, incesante, sin ánimos de ceder. Por todas partes, en el hemisferio sideral que nuestra visión alcanzaba, se veían chispas de luz encendiéndose un momento para desaparecer después.

Durante unos momentos, todos cuantos allí estábamos nos quedamos estupefactos, momentáneamente intrigados por el espectáculo, a fin de cuentas maravilloso, que estábamos presenciando. Alguien sugirió que debía tratarse de los planetas de Cefeo que ardían ya, pero tal hipótesis fue rechazada de inmediato; eran demasiados fogonazos, y el sistema referido no pasa de unos cuarenta y tantos planetas.

De súbito, un silbido siniestro se dejó oír. A lo lejos, una raya de fuego cruzó el semioscuro ambiente de la noche. La raya de fuego se transformó repentinamente en una explosión, ocurrida a cientos de kilómetros de distancia, cuya concusión fue percibida claramente por nuestros oídos. La tierra tembló bajo nuestros pies unos minutos más tarde.

—¡Ya está! —grité, adivinando repentinamente lo que ocurría—. ¡La guerra de las estrellas ha estallado!

Mis accidentales compañeros me miraron, asombrados. Luego, varios de ellos coincidieron conmigo. Aquellos continuos fogonazos que veíamos no podían ser otra cosa que las espacionaves alcanzadas por los disparos enemigos, deshaciéndose en fulgurantes explosiones, cuyo sonido no nos alcanzaba por producirse en el vacío. Pero no había otra explicación posible. Y era la única verdadera, además.

Olvidados momentáneamente de nuestras penas, contemplamos, absortos, el espectáculo de cientos y cientos de astronaves estallando. La batalla debía ser enorme, colosalísima, dado el número de aparatos en liza. Era evidente que la novación de Beta había precipitado las hostilidades, y media Vía Láctea, tal como Melphys predijera, se había lanzado en son de guerra contra la otra mitad.

Otra espacionave cayó, falta de gobierno, sobre la superficie de Alphea. Su velocidad de caída era tal, que al chocar contra las capas atmosféricas del planeta se incendiaba como si fuera un meteorito, y luego estallaba, desintegrándose sus motores fotónicos, al chocar

contra la superficie del globo. El suelo se estremeció una vez más.

Repentinamente, un aullido siniestro se produjo encima de nuestras cabezas. El silbido de la astronave que caía era tan intenso, que no nos cupo ya la menor duda que la explosión iba a tener lugar muy cerca del sitio en que nos hallábamos. El planta de Perseo, aprovechándose de la velocidad que le proporcionaba su original medio de locomoción, escapó a toda marcha. Uno de los hombres-tigre, enloqueciendo también, no queriendo ser víctima de la explosión que nos amenazaba, saltó sobre el monorrueda, con gestos completamente felinos. El planta se apercibió y debió pensar que un pasajero en su vehículo le restaría velocidad para su huida Actuó de un modo lógico.

El brazo mecánico se movió rapidísimamente y la lanza radiante atravesó de parte a parte al tigre, saliéndole por la espalda. En vano las garras del herido rasgaron la dura corteza del planta; súbitamente le fallaron las fuerzas y cayó al suelo, agitándose horripilantemente.

Su compañero lanzó un agudo bramido al ver la acción del planta. No sé de dónde diablos la sacó, pero al segundo siguiente ya tenía en sus manos una pistola desintegrante. El hombre-árbol se convirtió en humo apenas recibió el proyectil. El monorrueda continuó caminando unos cuantos metros hasta que, falto de dirección, se estrelló con sonoro chasquido, contra una metálica pared.

El incidente nos había hecho olvidar, por un momento, el peligro que se cernía sobre nuestras cabezas. Pero, cuando concluido aquel pequeño jaleo, volvimos a donde estábamos, un clamor de asombro se escapó de todas nuestras gargantas, resecas por la falta de agua.

El silbido había cesado ya, siendo substituido por el bramar de unas toberas de escape. La astronave, averiada, había conseguido dominar su descenso y caía a velocidad normal de aterrizaje. No obstante, para un mediano observador, estaba claro que algo no iba bien en aquel artefacto. Se movía demasiado en bruscos bandazos laterales, y no se podían achacar a su piloto.

Arrojando ríos de fuego por sus toberas de escape, quemando el suelo del astropuerto, la nave se posó al fin sobre éste. Vaciló peligrosamente a uno de sus lados y, durante unos momentos, todos

contuvimos instintivamente la respiración, temiendo acabara por caer lateralmente. Pero un par de disparos de los chorros laterales acabaron por equilibrarla y el tronido cesó, con gran alivio por parte de nuestros oídos.

Era evidente que el artefacto había soportado golpes durísimos, cosa que podía verse en las abolladuras de sus costados; pero también no era menos evidente que su construcción tenía mucho de maravillosa, para haber podido resistir, sin gran mengua, los feroces, ataques de que, sin duda, debía haber sido objeto. La puerta de salida, en la parte superior, se abrió y, casi al instante, varios cuerpos fueron arrojados, estrellándose con sordo ruido contra el suelo.

Al instante me di cuenta de una cosa: aquellos tipos no nos habían visto, ocupados en refrenar su descenso. Una súbita idea cruzó por mi mente y, sin dudarlo mucho más, grité:

—¡Escondeos, rápido, que no nos vean!

El tono de mi voz debía ser harto enérgico para que mis compañeros me obedecieran sin más vacilaciones. Lo hicimos a punto, pues casi al instante, varios ocupantes de la nave empezaron a descender al suelo.

Hice unos cuantos gestos con la mano y todos acercaron sus cabezas a la mía.

—Tenemos —cuchicheé— que apoderarnos del aparato; es la única manera de evadirnos de Alphea. ¿Alguno de vosotros sabe pilotar una astronave?

Por extraño que parezca, fue el hombre tigre quien se golpeó orgullosamente el pecho.

—¡No hay espacionave —dijo— que se me resista, y ésa es de un modelo harto corriente!

—Bien, pues no nos queda otro remedio que hacernos con ella… o morir aquí achicharrados.

—La elección no es dudosa —tableteó el tortuga, moviendo los ojillos dentro de las espesas placas transparentes que los protegían.

—De acuerdo, pues —dije—. Es evidente que los ocupantes de la nave han sufrido averías en ella y que tratan de buscar aquí medios con qué repararlas; porque no supongo que se hayan refugiado en un mundo que está muriéndose para escapar de la batalla.

—¿Qué hacemos, pues? —inquirió uno de los exápodos.

—Atacarlos —dije, sin vacilación—. Atacarlos y dominarlos, intimándolos antes. Si se resisten… pues peor para ellos.

—¡Cuidado! —exclamó otro exápodo—: ¡Ahí están!

—Vamos, muchachos, preparados para cuando yo lo diga.

Pedí la pistola al tigre y éste, chasqueando siniestramente sus colmillos en una sangrienta mueca, me la entregó. Me estremecí, viendo salir y entrar sus agudísimas garras dentro de los repliegues de la piel. Sordas pisadas resonaron muy cerca del lugar donde nos hallábamos.

Era evidente que los ocupantes de la nave estaban muy molestos a causa del intenso calor que hacía. Se oían sus voces, con huecas resonancias, al entrar y salir en los vacíos edificios, en busca, sin duda, de materiales de repuesto para su nave. De pronto, el grupo principal vino hacia nosotros.

—¡Ahora! —grité, y me planté fuera de nuestro refugio, con la pistola sólidamente afirmada en mi mano. Largué mi intimación—: ¡Todos quietos!

Hubo un momento de sorpresa en aquellos individuos. Proseguí:

—¡No queremos haceros daño y eso depende de vosotros mismos! Pero necesitamos huir de Alphea, al precio que sea, y estamos dispuestos a conseguirlo.

El que parecía mandar el grupo me miró fijamente.

—¿De dónde sois vosotros? —inquirió al fin.

—Eso es lo de menos ahora. Yo soy de Tierra; hay gente de Hydra, de las Pléyades… ¡qué importa ello en estos momentos! Contestad: ¿nos dejáis ir con vosotros, sí o no?

—La Galaxia está en guerra —contestó el otro—. Y…

De pronto dio un salto atrás, echando mano a su cinturón, al mismo tiempo que gritaba:

—¡Duro con ellos, muchachos; son enemigos! ¡No dejéis uno con vida!

Pero yo ya me había supuesto que el tipo no dejaría de intentar alguna jugarreta por el estilo. Todavía tenía la mano en el cinturón, cuando ya mi desintegrante, estaba llameando silenciosamente. Mantuve el dedo sobre el gatillo hasta que no quedó ni uno solo de aquellos individuos.

El cálido viento de Alphea se encargó de disipar bien pronto los humosos residuos de nuestros breves enemigos. Un grito de

unánime alegría brotó de los labios de mis compañeros al darse cuenta de que teníamos el paso franco hacia la astronave.

En un santiamén estuvimos todos allá arriba. Giarr, el hombre-tigre, se lanzó como un rayo a la cámara de mando, inspeccionando rápidamente todos los mecanismos de control. Al verlo actuar no me cupo la menor duda de que era el hombre que necesitábamos.

Le costó un rato, pero al fin emitió su dictamen.

—Tiene estropeado el motor fotónico; por lo tanto, es preciso descartar las velocidades hiperlumínicas. Tampoco funciona el distorsionador de campos espaciales, o sea que no podemos aprovecharnos de sus cualidades, es decir, la transición de espacio a espacio. Lo único que queda en buenas condiciones es el motor nuclear.

—O sea —dije—, que tendremos que viajar a velocidades planetarias, ¿no es así, Giarr?

—Exacto, Rivedo.

—Bueno —sonreí—; de todas formas, salir de Alphea ya podemos, ¿no?

—Por supuesto. Y aun viajar unos cuantos cientos de millones de kilómetros.

—A velocidades planetarias, tal cosa consumiría demasiado tiempo. No obstante, me conformo con salir de Alphea.

—Pues entonces, cuanto antes lo hagamos, mejor para todos.

Me senté a su lado, ciñéndome el cuerpo con las correas. Los otros se situaron en sus puestos, —los había de sobra—, y cuando todo estuvo listo, Giarr dio contacto.

Lentamente al principio, más rápidamente después, el suelo de Alphea huyó bajo nuestras plantas. Al ganar altura, Beta apareció en el cielo, incendiando el horizonte.

—Tendré que dar toda la velocidad posible —refunfuñó, entre colmillos, Giarr—. Y no es mucha, porque no me puedo arriesgar a hacer estallar los reactores. También están un poco tocados, ¿sabes?

Uno de los exápodos se fue al cuarto de transmisiones, intentando recoger noticias. El tortuga, pacientemente, se dedicó a buscar algo en lo que ninguno, atareados con nuestra milagrosa y casi increíble evasión, no habíamos tenido tiempo de pensar: comida y bebida.

Satisfechas de momento nuestras necesidades más apremiantes,

me eché, fatigado, en una litera, Había encontrado, por casualidad, un cigarrillo, y el humo del tabaco me sosegó notablemente. La imagen de Melphys, lógicamente, apareció ante mí.

Una serie de preguntas hube de formularme a mí mismo, sin que, por el momento, pudiera darme la respuesta. La principal de ellas era: ¿quién y por qué habían raptado a Melphys? ¿Dónde estaba? ¿Qué suerte habría corrido? De que estaba viva, salvo algún accidente imprevisto, no me cabía la menor duda; de haberla querido matar, no se habrían arriesgado a secuestrarla de una manera tan espectacular delante de cientos de miles de personas. Era evidente que el autor de todo aquel desaguisado era el mismo ser que había novado a Beta, pero ¿por qué?

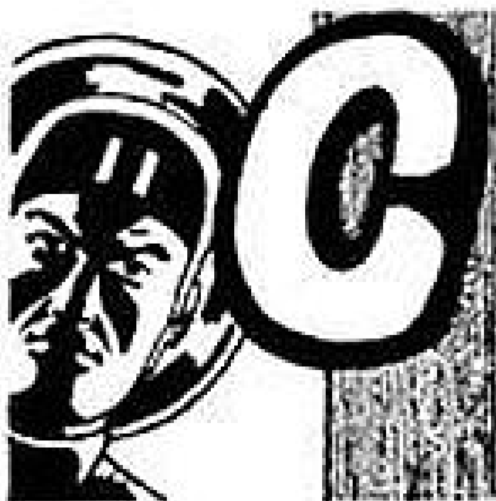
Arrojé el cigarrillo, de mal talante, y me acerqué a una de las portillas de observación. Moviendo el botón correspondiente, hice correr el cristal negro, de modo que pude ver, a mi sabor, a Beta, ardiendo cada vez con más violencia en el espacio. El diámetro de aquel sol no disminuía en su tamaño aparente, a pesar de que viajábamos a enorme velocidad en dirección opuesta a él, lo cual me demostró que también era enorme, gigantesca, su velocidad de expansión en la fase de novación porque estaba atravesando.

Un buen rato permanecí abstraído, contemplando el, en medio de todo, maravilloso espectáculo, pues no es tan corriente ver una estrella novada a tan corta distancia, incendiando con su fulgor el espacio circundante. Un súbito y colosal chispazo brotó de pronto, junto al borde en llamas de Beta, y no me cupo la menor duda de que alguno de los planetas del sistema de Cefeo acababa de arder, alcanzado por el fuego de su sol.

Pero, de repente, algo me sacó de la abstracción en que había caído: la voz tableteante del tortuga, que exclamaba:

—¡Noticias, amigos, noticias!

CAPÍTULO X

laro que había noticias, sí, pero ¡cuánto distaban de ser agradables!

Por un instante supuse, vanamente, que se tratarían de Melphys. Empero, el problema que en aquellos momentos aquejaba a la Galaxia era muchísimo mayor que el nuestro. La guerra se había extendido, total, sin que nadie fuera capaz de contenerla. El estallido provocado de Beta de Alphea había sido el primer paso y nadie sabría cuándo se daría el último.

Can Mayor y Can Menor, Unicornio, Popa, Pictor, Géminis, Auriga, Perseo se habían unido, con un montón de constelaciones más, lanzándose a la batalla contra las dos Osas, Lira, Dragón, Cisne, Sagitario, Escudo de Sobieski y muchas cosas más. Éstos, defendiendo a Cefeo, atacado en el sistema de Alphea, como ya he dicho; aquéllos, tratando de precaverse contra ataques similares.

El resultado total era que los Juegos Estelares habían sido interrumpidos, transformándose en una guerra estelar de

incalculables proporciones, en cuyo centro estábamos nosotros, prácticamente cogidos entre dos fuegos y sin que nos fuera posible substraernos a sus terribles consecuencias.

Absorto en lo que acababa de oír, me volví de espaldas nuevamente, contemplando el cielo, del cual, por el momento, habían desaparecido los chispazos que habían indicado la batalla, lo que quería decir que ésta había sido suspendida, al menos temporalmente, con toda probabilidad, por agotamiento de las fuerzas contendientes. Pero esto no significaba sino que, cuando se recibiesen los refuerzos, el jaleo comenzaría otra vez.

Algo me hizo volver la espalda. Giarr me lanzó un grito de aviso.

Instantáneamente, todos nos precipitamos hacia las portillas, pegando nuestros rostros al cristal. Estábamos al lado opuesto de Beta de Alphea, por lo que pudimos contemplar la segunda fase de la batalla a nuestro sabor.

El combate se desarrollaba a velocidades hiperlumínicas, por lo cual, lógicamente, no podíamos divisar las astronaves que cruzaban raudas el negro espacio. Pero sí, en cambio, veíamos los efectos de la dura lucha, en forma de continuos fogonazos que no eran otra cosa que las explosiones que deshacían las naves, rotas por los formidables proyectiles que se usaban y contra los cuales no existía salvación posible.

—¿Cómo es posible que no nos vean a nosotros? —inquirió el tortuga, asombrado—. Teníamos que estar muertos ya hace tiempo.

—Ellos —dije, señalando a los combatientes—, están en otro campo espacial distinto al nuestro. Van mucho más rápidos que nosotros y les pasa lo mismo que al piloto que vuela en un avión rápido; sólo ve los detalles grandes de la superficie terrestre, siéndole imposible distinguir los más pequeños, como seres humanos, por ejemplo; en cambio, a éstos les es más fácil divisar el avión, ¿comprendes? Claro es que nosotros no vemos más que el fogonazo de la explosión, y seguramente un buen rato después de que ésta ha ocurrido. Creo —añadí—, que por el momento no corremos peligro, a menos que alguna astronave se nos aparezca en nuestras inmediaciones, a marcha reducida.

El combate siguió un buen rato, apagándose después poco a poco. Continuó largos días, y gracias a los inestimables servicios del tortuga, quien recibió todas las noticias, pudimos estar enterados

del desarrollo de la guerra, la que se desarrollaba con alternativas que bien poco significaban para uno u otro contendiente. En general, tanto daba ganar como perder; el derrotado podría perder las piernas y los brazos, pero el ganancioso quedaría, a lo sumo, con un solo brazo útil, para expresarlo con un ejemplo gráfico. Tales serían las ventajas que obtendría de su victoria.

Vimos arder todo el sistema de Alphea, y Beta llenó de resplandor aquella región del espacio con su fantástica luminaria. Atravesamos zonas en las que se batallaba de firme; sobrevolamos algunos planetas, tratando, en vano, de buscar signos de vida en ellos y, al fin, nos dejamos llevar por la nave, cortándole su energía y permitiendo que marchara únicamente por inercia, con el fin de economizar combustible.

Estaba durmiendo una mañana, cuando, de pronto, unos gritos me despertaron. Me senté en la litera, dándome cuenta de que todos mis compañeros estaban agolpados en las ventanillas de observación. Lívidos resplandores, con cortísimos intervalos, penetraban dentro del aparato y aquello me dijo, sin el menor lugar a dudas, que estábamos de nuevo en el centro de otra gran batalla.

Con gesto de hastío, me dispuse a vestirme. Lo hice y, sin dignarme siquiera arrojar una mirada por la portilla más próxima, empecé a prepararme el desayuno.

Con una taza de café en la mano y un cigarrillo en la otra —el vicio del tabaco era galáctico—, me aproximé al fin al ojo de buey. Contemplé indiferente el espectáculo.

Cientos y cientos de chispazos se sucedían sin interrupción, en una visión aterradora, apocalíptica. Las naves se deshacían, estallaban, se desintegraban con fulgurantes llamaradas que iluminaban, durante una fracción de segundo, aquella región del espacio, con siniestros resplandores. Aquel que se encontraba en el interior de un aparato no se enteraba siquiera de que había muerto; el ataque era tan rápido que no había tiempo para nada.

—Pero ¿es que esos locos no van a acabar nunca?

Me volví y sonreí a Nbass, el águila.

—Sí; concluirán cuando no quede nadie con vida. Yo…

Me interrumpí. Abrí la boca, estupefacto. Tenía mis motivos para ello, porque, cuanto estaba viendo en aquellos momentos era completamente nuevo, no solamente para mí, sino para el resto de

la tripulación.

Varios rayos de luz roja surgieron repentinamente de la parte izquierda de nuestra espacionave. Cada rayo, brillante, deslumbrador, abarcaba centenares de millones de kilómetros de anchura, por millones y millones de longitud.

Por un momento pensé si aquello no sería un cataclismo cósmico de nueva y desconocida naturaleza, pero no tardé en darme cuenta que en aquello intervenía, ¡y de qué manera!, la mano del hombre.

Los rayos de luz roja «quemaban» el espacio. (Luego lo supe, y así era, en realidad). En el espacio, dispersos entre sí a distancias incalculables, existen átomos de los diferentes cuerpos que hay en el Universo. Aquellos rayos provocaban su estallido y destruían, por tanto, el espacio, con todo cuanto se hallaba dentro de su radio de acción. Quién había inventado aquella nueva arma era cosa, que, de momento, ignorábamos nosotros, pero sí veíamos sus efectos, terribles, devastadores.

Los rayos quemadores del espacio alcanzaron a la masa combatiente de lleno, alcanzándola sin discriminación. La cosa fue rápida, pero no menos eficaz por ello. El combate acabó a los pocos momentos, por extinción total, de las fuerzas combatientes.

La persona que manejaba aquellos rayos barrió cuidadosamente el espacio en todas direcciones, eliminando astronave tras astronave, sin andarse con rodeos. En aquel momento, sin que nosotros lo supiéramos todavía, acababa de hacerse la paz en la Galaxia.

Súbitamente, uno de aquellos rayos empezó a girar en dirección nuestra. Tembló unos instantes, como si la persona que manejara el artefacto vacilase, y al fin, con exasperante lentitud, se dirigió hacia nosotros.

Instintivamente, nos echamos hacia atrás, apartándonos de las ventanillas, como si con aquello quisiéramos evitar la muerte que ya considerábamos poco menos que segura. Inexorablemente, el rayo de luz roja cayó sobre nosotros.

¡Pero no ocurrió nada! Increíble, pero cierto. Nuestros rostros tomaron un siniestro color escarlata al reflejar aquellos rayos durante un segundo, y luego, aquella banda de luz se alejó.

Pero volvió casi al instante. Marchó y tornó a regresar un par de veces, y al fin se quedó fija sobre nosotros, como mareándonos en el

espacio.

Giarr saltó hacia los controles, con ánimo de huir, pero le detuve.

—¡Quieto! —grité—. Será mejor que aguardemos. No parecen tener intenciones hostiles; de lo contrario, ya no estaríamos vivos. Aguardemos a ver qué ocurre.

No tuvimos que esperar mucho tiempo. Súbitamente, saliendo de su hipercampo espacial, una enorme nave apareció junto al costado de la nuestra, Un flexible túnel fue tendido de una a otra y, diez minutos más tarde, estábamos, con bastante más aprensión que curiosidad, a bordo de aquel aparato.

Un hombre, a quien en mi vida había visto, vestido de un modo regio, nos escrutó con curiosidad. Al fin, preguntó:

—¿Alguno de vosotros sois de Tierra?

—¿Qué intención encierra la pregunta? —retruqué—. ¿Por qué motivos no nos dices antes quién eres?

—Sois mis prisioneros, no lo olvidéis.

—Es la primera noticia que tenemos de ello —repase—. De todas formas, ¿qué piensas hacer con nosotros?

—Antes tienes que contestar a mi primera pregunta. Andamos buscando a un terrestre desde hace mucho tiempo. ¿Acaso eres tú?

—Hay diez mil millones de personas en Tierra. ¿Por qué había de ser yo ese que dices?

—Por lo menos no niegas haber nacido en Tierra.

—Tampoco lo afirmo.

El hombre aquel, a quien rodeaban una numerosa cohorte de guerreros, sonrió de un modo muy especial. Luego, de súbito, se inclinó ante mí.

—Veo —dijo—, que mi Magnífica Emperatriz no pudo elegir mejor. Pocas palabras has pronunciado, pero han sido suficiente. Evans Rivedo, ¿quieres seguirme?

Asombrado, estupefacto, le seguí. Pasamos a un corredor inmediato, en el cual, y como si fuera en un palacio terrestre, había, alineados, varios guerreros, en rígidas posturas. Al final había una puerta que Kehab abrió.

—Pasa —me dijo, y antes de que me diera cuenta, había cerrado a mis espaldas.

Un instante permanecí parado en el umbral. Melphys estaba

tendida en una cómoda litera, pálida, reflejando en su semblante un inextinguible pesar. Avancé hacia ella.

Al ruido de mis pasos, alzó sus ojos. Un hondo estremecimiento corrió por todo su cuerpo. Sus labios se contrajeron.

—¡Evans! ¡Evans! —gritó, y se me abrazó desesperadamente—. ¡Estás vivo, estás vivo!

Lloraba y reía al mismo tiempo, presa de un ataque de nervios. Demoré bastante en calmarla, pero al fin lo conseguí.

—¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí? ¿De qué manera te salvaste?

En cuatro palabras conté todo lo ocurrido. Luego, ella, a su vez, me explicó la manera que había tenido de acabar con la conflagración, y que ya he relatado. Terminó.

—Quería antes pertenecer al Gran Reino de la Galaxia. Ahora me he convencido de que era, ni más ni menos, una estupidez. Prefiero mi Imperio independiente, sin las complicaciones que una alianza de tal clase traería consigo.

—Veo —dije embelesado—, que has cambiado de opinión. Dijiste, si mal no recuerdo, que entre tú y yo podríamos conquistar la Galaxia entera. ¿De qué modo, por favor?

Su rostro se tiñó de carmín. Bajó los ojos, respondiendo, turbada.

—Luego te lo diré —y de pronto, exclamó—. ¡Aguarda! Tengo una sorpresa para ti.

Cogiéndome de la mano, me hizo salir de su cámara, Corrió hasta llegar a donde Kehab y sus oficiales nos esperaban. Vi allí un rostro harto conocido.

—¡Frank! —exclamé, y los ojos de Larrabee lucieron de alegría al verme.

—¡Hola, Evans! —exclamó, avanzando hacia mí, pero en aquel momento, Melphys obró de una manera por completo inesperada.

—¡Detenedlo!

Kehab y sus hombres se apresuraron a obedecer. Larrabee soltó uno de sus clásicos juramentos. Yo miré a Melphys.

—¡Diablos! ¿Qué es esto?

—Esto —respondió ella serenamente—, es lisa y llanamente que tengo en mi poder al hombre que no sólo atentó contra tu vida y la mía, sino que, novando a Beta de Alphea, provocó la Primera

Guerra Galáctica. Ahí lo tienes, Evans. Tu amigo y jefe, Francis Larrabee, Subgobernador de Sol, del Principado de Centauro, criminal en gran escala.

—¡Estás loca, Melphys! Evans, no harás caso de esa histérica, ¿verdad?

Miré suspicazmente a mi amigo. La cabeza me daba vueltas. Melphys, implacable, prosiguió.

—Éste fue el hombre que compró a Songh Haii para que te matara.

—Pero tú —objeté—, lo habías enviado a que me desafiara, Melphys.

—Así era, Evans. Sin embargo, yo confiaba en su habilidad como esgrimidor para que te causara una herida, no mortal. Debía llevar en su espada, en la punta, un rapidísimo anestésico que te habría hecho caer al instante como muerto. El llevarte después conmigo a Magallania habría sido fácil de resolver, ¿comprendes? Pero Singh Haii me falló y estuvo a punto de matarte. Luego fingió el primer intento de rapto vuestro, con los hombres-águila, y ejecutó el segundo, mediante el empleo de los rohebianos desarmados. Fallado también éste, por tu oportuna intervención, fue entonces cuando, ya desesperado, puso en práctica su plan e hizo que unos cuantos de sus fieles disparasen las bombas de átomos de carbono contra Beta, utilizando naves y proyectiles especiales.

—Sigo opinando que está loca. Evans, no le hagas caso.

—¿Por qué, entonces —prosiguió Melphys, impertérrita—, hiciste que tus hombres me salvaran a mí solamente en el astropuerto y no a Evans? Tú, Larrabee, me querías solamente a mí, y a mi Imperio, naturalmente, para satisfacer tus apetitos de dominio. Así, Tierra habría vuelto a ser centro universal del Gobierno Galáctico, todo ello bajo tu mano, ¿no es verdad, Francis Larrabee? Anda, confiésalo, ¿qué esperas?

Mi jefe se pasó la lengua por los resecos labios, mirando con desespero a un lado y a otro. Melphys habló de nuevo.

—Empecé a sospechar de ti cuando Evans, diciéndome lo que habíais hablado, tras su combate con Songh Haii, me explicó que tú habías dicho que el resplandor visible por la noche en Alphea era una aurora boreal. ¡Una aurora boreal en Alphea, cosa jamás vista e imposible de producirse, dadas las peculiares condicionas de aquel

planeta, ahora inexistente! Éste fue tu primer fallo y, para mí, el más importante. Pero, lo que me acabó de convencer del todo, fue el averiguar una cosa de ti que nadie, nadie, ni tus más íntimos, sabían, ni, por supuesto, saben. *¡Francis Larrabee, tú también eres un biencéfalo!*

La explosión de asombro, valga la frase, fue estupenda, Los ojos de mi jefe voltearon en sus órbitas.

—¿Có… cómo lo sabes? —balbució.

—Te hice tomar, sospechando de ti una radiografía, mientras dormías. Esto ya fue definitivo y…

—¡Cuidado!

Melphys gritó, porque Larrabee, viéndose ya perdido, saltó de improviso, desasiéndose de las manos de quienes lo sujetaban, tratando de arrebatar una pistola desintegrante al oficial más cercano. Lo consiguió.

Empero, hubo alguien todavía más rápido que él y al cual debemos Melphys y yo la vida: Giarr. El hombre-tigre, prefiriendo un aullido indescriptible, se arrojó sobre Larrabee.

Cuando terminó, el Subgobernador de Sol no era más que un sangriento despojo en el suelo de la nave. Melphys palideció y habría caído al suelo de no haberla sostenido yo con ambas manos. Me la llevé de allí, procurando evitarla el macabro espectáculo que suponía el cuerpo caído de Larrabee en medio de un enorme charco de sangre.

Un poco más tarde, ya más calmada, con nuestras manos entrelazadas, dije:

—Y ahora, todo ya terminado, ¿querrás explicarme de una vez ese empeño tuyo de digamos apoderarte de mi persona?

Una indefinible sonrisa apareció en el rostro de Melphys.

—¡Tonto! —dijo, como reprochándomelo—. ¿Es que todavía no lo has adivinado? Larrabee bien pronto lo sospechó. Ya tenía intenciones de provocar una guerra, pero cuando vio mi insistencia por tenerte también a mi servicio, lo adivinó con toda claridad. Y en esto no falló, créeme; acertó de lleno.

Abrí los ojos, lleno de asombro.

—No… no es posible… Tú… Pero no has nacido en la Tierra, Melphys…

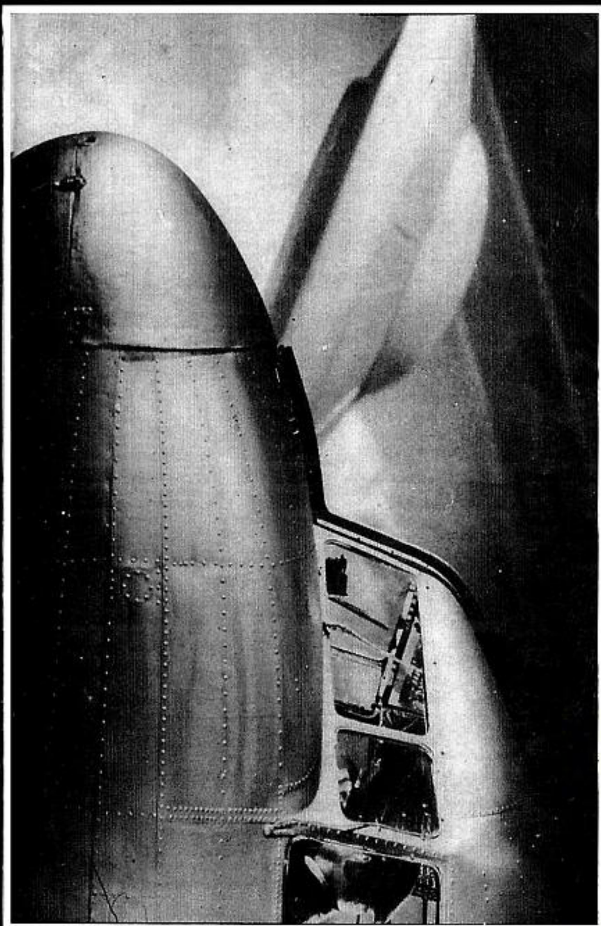
—¿Y qué importa eso? —Sus delgados, cálidos y flexibles brazos

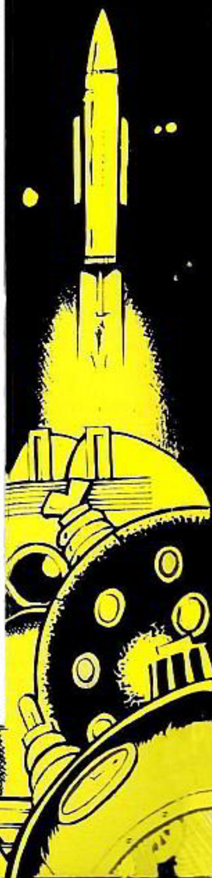
se enroscaron en torno a mi cuello, y sus labios escarlata se aproximaron peligrosamente a los míos—. Primeramente te deseé como biencéfalo, Evans; ahora te quiero… ¡como Evans!

—Tú también… biencéfala, Melphys…

—Y nuestros hijos lo serán asimismo, ¿comprendes ahora todo, Emperador Consorte de las Nubes Magallánicas?







Escena de INVASION DE PLATILLOS VOLANTES, de Columbia Films

Precio en España: 6.- **ptas.** En Argentina: **4** pesos

Lit. Armengor. Castellón



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.